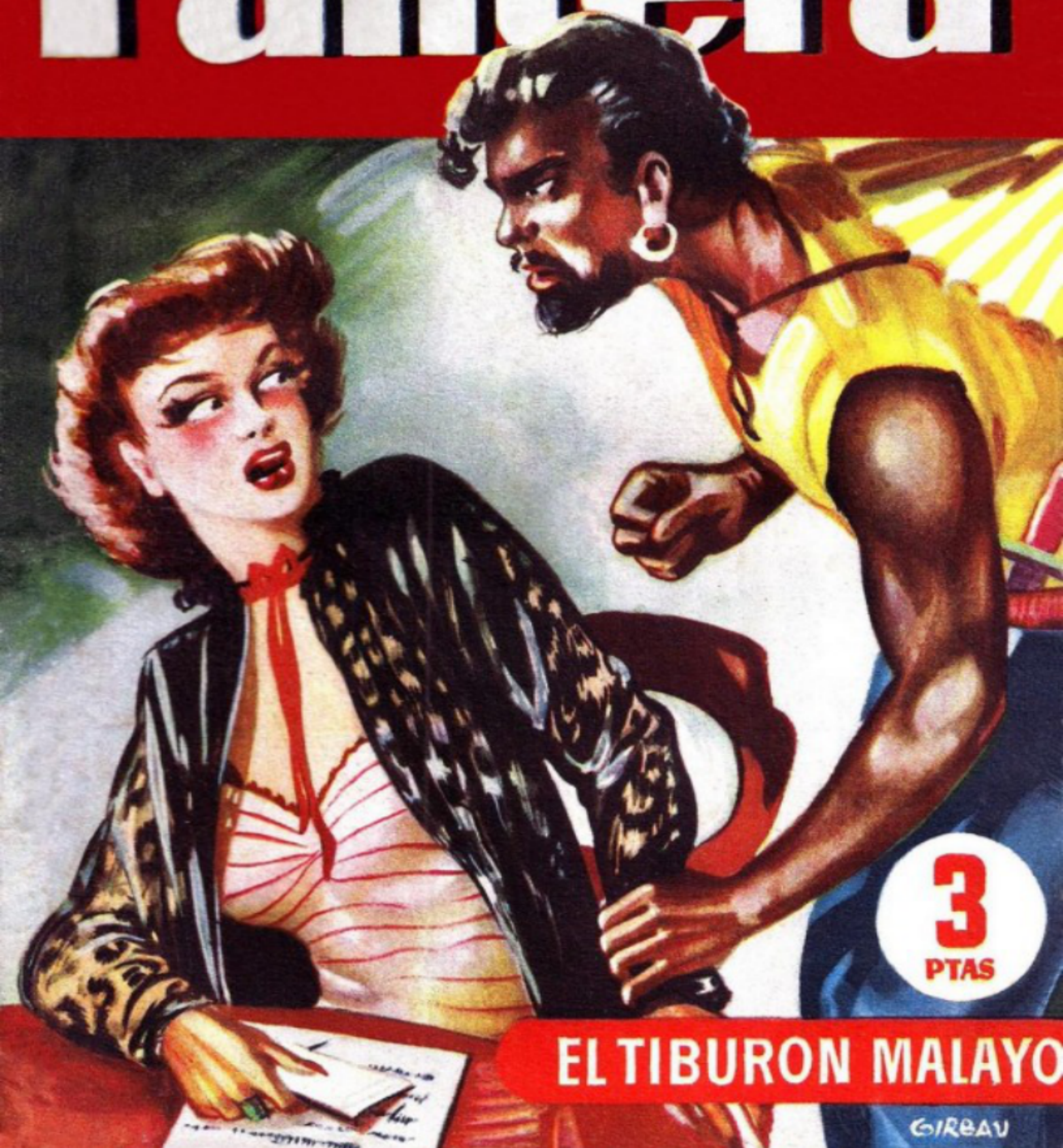

CAPITAN
Pantera
3
PTAS
EL TIBURON MALAYO
GIRBAU

P. V. DEBRIGODE

Capitán pantera



PUBLICACIONES LUX
MADRID - BARCELONA - BUENOS AIRES

ES PROPIEDAD

SIMPAR, S.A. – Provenza, 330 – Barcelona

C



Por P. V. DEBRIGODE

APÍTULO PRIMERO

GIMNASIA HONESTA Y PRODUCTIVA…

Faltaba escasamente una hora para que amaneciera, y a lo lejos las luces de la ciudad de Shangai resplandecían, amortiguadas, como un gigantesco brasero.

Pese a la hora, reinaba la actividad en la cubierta de un velero que acababa de realizar la maniobra de deslizarse del dique seco, para sumergir su quilla recién reparada, en el agua sucia y fangosa del Wanghpú, con la proa dirigida río abajo hacia Shangai.

Siluetas simiescas de chinos ágiles y silenciosos deambulaban por la estructura del velero, que olía a pintura y barniz.

Unos ascendían a las lonas que levemente hinchadas por la fresca brisa nocturna, daban al antiguo «schooner» remozado y puesto a flote, un aspecto anacrónico con reminiscencias dieciochescas.

Para un turista madrugador y dado a las evocaciones históricas, aquel velero le suscitaría la imagen retrospectiva de una nave pirata tripulada por filibusteros, y a la tenue luz difuminada que arrojaban las linternas de proa, popa y costados, las siluetas orientales, podían muy bien ser dotadas en la penumbra de chambergos empenachados y sables corvos.

Pero al prolongar más detenidamente la observación, el turista romántico, habría percibido una figura que por su atuendo hubiese ahuyentado por completo todo posible retorno imaginativo al siglo XVIII

El velero podía ofrecer una estampa majestuosa, ágil y maniobrera, propicia al recuerdo de sus hermanos piráticos, pero el pelirrojo sujeto que en

pie en el puente de proa, enfocaba de vez en cuando una linterna eléctrica hacia distintos puntos de la nave, era un ejemplar moderno.

Alto y aparentemente flaco, el que parecía ser el único blanco a bordo, calzaba unas zapatillas de lona blanca, y enfundaba sus largas piernas en unos pantalones azules que sujetaba a su estrecho talle con un cinturón-canana del que a ambos costados pendían las fundas de cuero donde sobresalían libremente las culatas de dos revólveres *Colt*.

La blanca guerrera desabrochada dejaba entrever una camisa donde también los botones parecían servir de adorno. Y los rojizos cabellos del marino estaban semicubiertos por una gorra blanca ladeada, en cuya visera brillaba el oro de los galones de capitán mercante.

Y en aquel amanecer de primavera del año 1921, Ross Maloney, natural de Kansas, ex grumete, ex boxeador, con veintiún años de edad, y pletórico de energía y vitalidad, sentíase feliz.

Poseía un barco propio; noventa piratas chinos que le obedecían ciegamente, reverenciándolo como un semidiós; un equipo de material completo, y un carnet de cheques con un remanente de siete mil dolares.

Su rostro, de rasgos prematuramente endurecidos, como tallados por el cincel de la aventura y la lucha cotidiana, conservaba, sin embargo, una ingenua campechanía cuando sonreía.

Ross Maloney sonreía ahora, viendo como el «Panther» deslizábase río abajo, expertamente dirigido por las órdenes conjuntas del viejo Tian y el luchador Ling, sus dos lugartenientes.

Con un guiño alegre que dirigió Maloney a sus propios pensamientos, murmuró:

—Si me vieran en Kansas…

Quizás influía en su nostalgia evocadora, la hora gris del amanecer. Lo cierto fué que entrecerrando los párpados, veía los dilatados campos de su pueblo natal, donde hasta los dieciséis años vivió la ruda vida granjera, ayudando a su padre en las labores de siega, cultivo y explotación del ganado.

Y sólo ahora comprendía por, qué huyó del apacible y monótono método rutinario de existencia que llevaba allá en la granja de un pueblo del estado de Kansas.

No era únicamente la influencia de uno de los pocos libros que había leído repetidamente, y en el que desfilaban las maravillosas aventuras de los marinos que surcaban los mares paradisíacos de las islas del Sur.

En el impulso que le lanzó a la costa, para enrolarse como grumete en un barco de carga que efectuaba el viaje San Francisco-Shangai, ya entraba una ambición que ahora sabía desdoblar con claridad: el deseo de enriquecerse como palanca primordial, para poder regresar a su pueblo…

—…pitando el «claxon» de un «Cadillac», riéndome de ver las caras asombradas de los del pueblo, y diciéndole a mi viejo: «Se acabó el levantarte a las seis de la mañana y partirte el espinazo todo el día. De ahora en adelante a descansar en una mecedora, leyendo chistes»…

Ross Maloney abrió repentinamente los párpados, y miró a su Alrededor temeroso de que alguien le hubiese oído divagar en voz alta.

Pero los tripulantes andaban muy atareados en sus distintas faenas, y el rapto de sensibilidad del americano esfumóse sin testigos.

—Lo positivo es que he progresado —díjose satisfecho. Y harto ya de meditar en sí mismo, regresó a su habitual estado.

El cielo iba aclarándose, y ahora a ambas riberas extendíase la populosa urbe de Shangai.

Ling al timón, y el viejo Tian vociferando a los que colgaban sentados en los palos de las velas, conducían hábilmente el barco por entre las numerosas embarcaciones que pululaban en el anchuroso río.

Las fangosas aguas fueron tornándose amarillentas, denotando la cercanía del mar, y prontamente el «Panther» ensució de nuevo su quilla en la desembocadura donde las aguas del Wanghpú mezclábanse con el Mar Amarillo.

Amanecía esplendorosamente cuando el «Panther» navegaba ya a toda vela, cabeceando airosamente, y en plena mar.

Ling cedió el timón a su sustituto, y siguió a Tian, que se dirigía hacia el castillete de proa.

—Rumbo a la isla, capitán Pantera —dijo en chino el luchador.

—Repartidos los turnos de servicio, capitán Pantera —explicó el viejo Tian.

—Eso marcha —aprobó Maloney alegremente—. No os cambiaría a los dos ni por diez pilotos navales de los blancos. Todo funciona, y la organización es perfecta, base esencial para obtener buena moneda. Id a desayunar, y avisad a Fen-Ho que me traiga aquí mismo la pitanza que me corresponde. Dentro de diez minutos, reunid a los macacos, porque quiero soltarles un discursejo cordial.

Ling, el corpulento luchador, saludó con tres rápidas reverencias, marchándose.

Pero Tian quedóse, y levantando la diestra, expresó con ello su deseo de hablar.

—Suelta el chorro, abuelo. ¿Qué quieres decirme?

—La madera que flota, es hermosa y será bien cuidada, si los ojos vigilantes de Tian escudriñan los menores rincones, capitán Pantera.

—De acuerdo… Pero no he entendido ni jota. ¿Qué quieres significar con tu «confuciada»? Háblame a la pata llana, abuelo.

—Tú me honras haciéndome tu antecesor sin yo merecerlo, capitán Pantera. Tu barco surcará triunfante y obedecerte a ti es el mayor obsequio que Confucio nos ha concedido. Pero a bordo hay uno de los que tú llamas macaco, que ha robado. Ha robado creyendo no ser visto, pero mis ojos son de águila.

—¿Quién es el ladrón y qué robó?

—Es uno del Norte. Se llama como su padre le llamó, pero nosotros sólo

le conocemos por Xopinga, que quiere decir…

—«Estatua de piedra». Sé quién es: el más alto de mis macacos. Ese que posee unos músculos de hierro, y que levanta por juego a cuatro de vosotros, dos en cada brazo. ¿Y qué robó?

—Uno de esos papeles blancos y largos, que tú cuando los tiras, ¡levan una cola de fuego y hacen un ruido espantoso…

—¡Cáscaras! —exclamó alarmado Maloney—. ¡Canastos y canastos! ¿Un cartucho de dinamita?

—Lo quitó de la caja de metal brillante… que guardas en la casa de tus fuegos.

—Mi polvorín. ¡Condenado ladrón! ¿Qué tiempo hace del robo?

—Fué cuando cruzábamos la barra de Shangai. Apenas le vi, llamé al viejo coreano que es mi segundo yo de confianza, y le encargué que no dejase de vigilar continuamente a Xopinga. Porque el castigo al ladrón tú sólo eres quien puede ordenarlo.

—Muy bien hecho, abuelo Tian. Vete a desayunar que yo tengo gazuza. Y dentro de diez minutos, que estén todos reunidos a bordo.

Tian prosternóse rápidamente por tres veces, y desapareció con su paso menudo y ágil.

Fen-Ho, el cocinero, vino portando una bandeja de laca, donde delicadamente dispuestos veíanse los emparedados de carne de pollo rezumantes de mantequilla, y el jarro conteniendo el jugo de naranjas.

Ross Maloney comió a conciencia, y sólo cuando sorbía los últimos restos del jarro, empezó a pensar en Xopinga.

La traición era uno de los elementos que más abundaba en el camino de los que pretendían abrirse paso en la tierra asiática. Eso lo había experimentado continuamente Maloney.

Intentó colocarse en la personalidad de Xopinga, hurtando un cartucho de dinamita. ¿Para hacer saltar el barco en alta mar? ¿Quién le pagaba para que cometiera tal…?

Como pastores conduciendo una manada, Tian y Ling silbaban e imprecaban, hasta que el centro del velero quedó poblado por varias hileras compactas de orientales.

Daban frente al castillete de proa por su parte posterior, a la que Ross Maloney se asomó.

El americano sentóse unos instantes en el reborde, dejando colgar sus largas piernas al exterior.

Contemplaba a su tripulación, antiguos piratas de todas las regiones de China, que seguían vistiendo el ropaje usual. El gran sombrero cónico terminado en aguda punta y cuyas anchas alas circulares les resguardaban del sol; un trozo de tela que enrollado hábilmente en la entrepierna les cubría desde la cintura hasta medio muslo, en diestras vueltas que a la vez mantenían en vaina primitiva a flor de piel la hoja del yatagán y el puñal.

Los torsos desnudos, así como las piernas y los pies, relucían untada la

piel de aceite perfumado…

—Tian el temible y astuto, y Ling el experto y fuerte, os han explicado ya cuál es nuestro punto final en este rumbo —empezó a decir Ross Maloney desde su posición elevada—. Vamos a una isla. La isla de Pettigrew, donde no hay blancos, y hay mucha caña dulce que convertiremos en líquido que se paga muy bien. Nos conocimos e hicimos buenas migas pirateando en el «Furia». Después os advertí cordialmente que dejábamos de ser piratas para intentar convertirnos en comerciantes, o sea en ladrones honestos y amparados por la ley. Yo sé que a vosotros os gusta la lucha… y a mí también. La habrá, porque si en Pettigrew hay moneda a ganar y no hay otros blancos que han ido a por ella, es porque la isla es uno de los tantos pedruscos donde rondan los piratas malayos y chinos. Tendremos, pues, todo lo que queremos en la isla de Pettigrew: dinero y pelea cuando se tercie. Me he equipado concienzudamente para ello. Entre vosotros está Chui-Apoo, el mestizo, que entiende de convertir la caña de azúcar en ron. En la cala hay los aparatos que le servirán a su trabajo. Vosotros cortaréis las cañas y las transportaréis. Todos haremos gimnasia honesta y productiva. Seis meses trabajando, y abandonaremos la isla con mucho oro, y músculos fuertes y sanos.

Rió Maloney con jovialidad, golpeándose el pecho con la palma de la mano abierta.

—Yo soy un hombre que no gusta del engaño, macacos. Por eso, repetidamente os he hablado de algo llamado «cordialidad». Quien avisa, es buen compadre. En la isla habrá dos grupos de trabajadores. Una tercera parte de vosotros quedará a bordo; los restantes trabajarán. Cada semana relevaremos. Haremos líquido que quema las gargantas blancas, y más aún las vuestras. Un líquido llamado ron, que irá llenando los barriles que están amontonados en la cala. Desde ahora somos licoreros, pero no borrachos. Mi viejo decía siempre que en los «bares» se vende la locura embotellada. Yo no quiero locos, y por eso tomaré mis medidas, porque sé que en vosotros el alcohol produce efectos sorprendentes. Os convierte en diablos sanguinarios. Procuraré evitarlo, pero de todas formas prefiero avisar cordialmente. Al que sorprenda yo intentando engullirse mi ron, cordialmente le propinaré una tanda de puntapiés en las sentaderas, de resultas de la cual estará una semana teniendo que vivir de pie. Eso será la primera vez… La segunda le regalaré un pedazo de madera, un barrilito de ron y una docena de galletas, para que se haga a la mar. Y si intenta volver le recibiré con mis «escupe-fuegos».

Palmeóse Ross Maloney los costados, riendo.

—Quedáis, pues, advertidos de lo que puede suceder. Bien, ahora pasemos a otro tema. Cuando me nombré jefe, una de las cosas que también advertí cordialmente fué la de que los ladrones que roban aunque sea a otros ladrones, tienen poca esperanza de llegar a viejos. Yo comprendo que existen caprichos. Algo de lo que yo posea os puede gustar. Por eso os dije que antes de coger nada de lo que es exclusivamente mío vinierais a pedírmelo. Y que

os lo daría, o lo más seguro es que no os lo daría, pero seguiría reinando la cordialidad entre nosotros. Ahora bien, hay uno entre vosotros que ha quebrantado esta ley.

Apenas terminó su frase, Ross Maloney, en impresionante salto, fué a caer sobre la punta de los pies, flexionando las rodillas, ante el grupo de atentos tripulantes, que si bien algunas de sus palabras no la comprendían, adivinaban el sentido general de las frases que en chino les dirigía Maloney, entremezclándolas con «pidgin» o «splkinglis», el lenguaje portuense.

Enderezóse y subió sobre un rollo de cuerdas, desde el que se enfrentó con los que le escuchaban.

—¿Qué castigo existía entre vosotros para el que robaba algo de la carga general? Contesta tú mismo, Ling.

—Muñeca derecha tortada y marca de hierro candente en la frente — recitó el luchador con mística devoción.

Ross Maloney quitóse la guerrera, ¿que dobló para arrojarla en un rincón. Desabrochó su cinturón-canana con las dos pistolas, que entregó a Tian.

—Esta ley de cortes de muñeca y tatuaje no me cuadra, macacos. En mi tierra el hierro candente lo empleamos tan sólo para el ganado y los cortes de carne en los seres humanos sólo pueden efectuarlos con autorización unos sujetos llamados cirujanos, que por cierto se ganan muy bien la vida. Yo soy yo, y tengo mis métodos especiales. ¡Formad a lo largo de las bordas! ¡Despejad el centro!

Apresuradamente todos los tripulantes fueron a adosarse a ambos costados del velero.

Ross Maloney avanzó hasta quedar en el centro del espacio abierto. Con brusco tifón despojóse de la camisa, que enrolló tirándola junto a su guerrera, en la base del castillete.

Desnudo el torso, quedó patente que si vestido el americano ofrecía un engañador aspecto de joven larguirucho, su anatomía, robustecida por el continuo y tenaz machaqueo de dos años de boxeo y lucha, presentaba un conglomerado de acerados músculos, formando un ancho triángulo cuya base eran las recias espaldas y el vértice la estrecha cintura.

Cerró los puños y resaltaron los bíceps, los deltoides y la nudosa dureza de sus antebrazos.

Dirigiendo una ojeada circular a todos los que expectantes le contemplaban, abrió las piernas, afianzando los tacones en el madero de la cubierta.

—En este velero hay látigos, que Ling manejará cuando el caso se presente. Pero ahora el castigo que se merece uno de vosotros lo aplicaré yo mismo, y quiero que todos lo presenciéis. Uno de vosotros sabe que ha cometido un robo. Mis ojos están en todas partes, porque para eso soy «el Huracán Blanco», «el Búfalo en Llamas», y todas las demás monsergas que vosotros sabéis. Uno de vosotros es culpable. ¿Qué haré con él? Darle ocasión a que se defienda. Es fuerte y presume de ello. Pienso convertirle la cara en

mermelada y molerle los huesos. Después lo enviaré al agua a que se remoje, y que lo pesque quien sea, que no seré yo… Quizá no lo convierta en cebo de tiburones, si tiene la virilidad de confesarse ladrón sin que yo tenga que señalarle.

De entre los oyentes destacóse un fornido chino, de alta estatura y voluminosa musculatura.

Merecía su apoyo, porque al andar impasible, las tendinosas fibras de sus piernas semejaban material pétreo dotado milagrosamente de movilidad. El ancho tórax y los largos brazos eran superiores en reciedumbre y volumen al atlético busto y a los acerados brazos del que al verle acercarse apoyó los puños en sus muslos, distendidos indolentemente los músculos.

—Hola, Xopinga. ¿Qué te trae por aquí?

—Yo robé, capitán Pantera —dijo ceñudamente el chino del Norte.

—Vaya, vaya… ¿Y qué robaste, gorila?

Vigilado por Maloney, que separó los tacones de sus zapatillas, para quedarse apoyado tan sólo en las puntas de los pies, dispuesto a saltar, Xopinga hurgó cuidadosamente en su taparrabos, extrayendo un cartucho rematado en larga mecha.

Lo tendió hacia el americano, quien designó el mar por el que el velero avanzaba rápidamente.

—Échalo al agua, ¡«so pingo»!

Xopinga, siempre impasible, describió con la diestra un ademán circular y el cartucho fué a hundirse muy lejos del babor del «Panther».

—Primera parte cumplida. Ahora puedes quitarse la «caseta» —y designó Maloney el sombrero cónico del chino, que obedeció—. Puedes, si quieres, desenvainar tu yatagán y tu puñal.

—Haré lo que me ordenes, capitán Pantera —replicó el chino, que hablaba en voz alta, pero sin apenas mover los labios, semejando más que nunca una estatua de mármol amarillento.

Desenvainó los dos aceros, dejando antes en el suelo su cubrecabezas.

—Mírame, Xopinga. Rectamente, de hombre a hombre. Yo no te ordeno que emplees tus armas, porque yo dejé las mías en otras manos. Pienso pegarte hasta que me duelan los nudillos. Si eres hombre dejarás tus armas y combatirás conmigo a brazos limpios.

Xopinga arrojó su yatagán y el puñal al suelo lejos de sí. Cruzóse de brazos…

—Ordena lo que debo hacer, capitán Pantera.

—¡Defenderte! Porque sólo las mujeres no pueden replicar al igual.

—No puedo pegarte, capitán Pantera. Los demás me matarían.

Ross Maloney crispó los puños, dirigiendo una mirada circular henchida de amenaza a cuantos presenciaban la escena.

—Si Xopinga me vence, es que no merezco mandar en vosotros, macacos. Si me tunde puede arrojarme al agua, y vosotros le respetaréis la vida. El que no cumpliera esta orden mía, no dormirá nunca tranquilo.

Confucio nunca le concederá reposo, ¡Y ahora, Xopinga, tú y yo!

El chino demostró que conocía el método combativo de su jefe. Cuando Ross Maloney, avanzando la zurda en larga preparación, dobló el puño derecho a la altura de su barbilla, Xopinga perdió toda su estatuaria inmovilidad.

Convirtióse en una masa de músculos alertas e, inclinando el cuerpo, proyectó hacia adelante sus dos brazos.

Fué prodigiosa la elasticidad con que, lanzando un alarido salvaje, distendió las piernas saltando con la cabeza baja hacia su adversario.

Ross Maloney sabía qué si el chino hercúleo lograba hacerle presa en la cintura, que era lo que se proponía, tendría que recurrir a un sobrehumano esfuerzo para zafarse del férreo abrazo, la «llave» primitiva de lucha con que los chinos del Norte, aprisionando entre sus brazos el esternón de sus contrincantes apoyaban la barbilla en el pecho enemigo hasta lograr la rotura de la columna vertebral…

El puño izquierdo de Maloney separó violentamente la frente de Xopinga, mientras con el derecho le asestaba un golpe en la sien.

Pero su derechazo no encontró resistencia, porque Xopinga, inconscientemente, al agacharse aun más, hizo la mejor de las esquivadas.

Y los dos voluminosos brazos del chino cerráronse alrededor del talle del americano, que sintió contra su pecho la dura presión de la barbilla de su adversario.

Xopinga repitió su alarido, esta vez entremezclado con triunfal entonación.

Presionó, empujando con todas sus fuerzas hacia adelante, y su ancho tórax complementó la labor asfixiante de su barbilla.

Las piernas del coloso, juntas, dificultaban la primera defensa que pensó Maloney, al que el dolor de la eficaz presa empezaba a privarle de la respiración.

No podía asestar rodillazos porque contra sus pantalones las dos piernas del amarillo semejaban dos columnas de mármol…

Arqueó los dos brazos hasta lograr apoyar ambas manos en la mandíbula inferior de su adversario, y pugnó por levantarle la cabeza.

Inmóviles en el centro de la cubierta, como dos titanes abrazados que pretenden estrechar su abrazo cada uno en sentido contrario, Maloney y Xopinga formaban un grupo escultórico, en el que resaltaban las recias anatomías que empezaban a perlarse de sudor.

De pronto, mientras continuaba presionando hacia arriba la mandíbula de Xopinga, los dedos de Maloney cometieron una infracción que hubiera sido castigada en un «ring» estadounidense.

Apretaron sus yemas los párpados del rostro pegado a su pecho. Xopinga gritó dolorido, pero sin soltar su abrazo… Separó hacia atrás las piernas en movimiento reflejo de defensa.

Maloney abrió las suyas lateralmente y en salto sobre sitio abrazó con

ellas la cintura adversaria. Proyectó todo su peso hacia atrás y, perdido el equilibrio ante la inesperada treta, Xopinga cayó de bruces encima de su contrincante.

No soltó su abrazo, pero ladeando el torso, Maloney logró, ayudándose con las dos manos apoyadas contra el suelo, subir rápidamente las piernas…

La contorsión acrobática hizo crujir todas sus articulaciones, pero tras dos violentas contorsiones más, el cuello de Xopinga quedó oprimido fuertemente entre los dos muslos de Maloney.

El antebrazo derecho de Maloney enlazó el brazo zurdo del chino atrayéndolo hacia sí.

Había logrado zafarse de la asfixiante presa, y su tripulación, impasible exteriormente, pero deseosa de que el «osado ladrón Xopinga» recibiera un castigo adecuado, plasmó en sus rostros la admiración que le producían los serpenteos con que, en el suelo, Ross Maloney iba retorciendo sus propios músculos, hasta que de pronto, saltó en pie.

Xopinga quedóse extendido tan sólo un segundo, dolorido aún por la reciente torsión. Aquel segundo fué el que Maloney aprovechó para la más brutal de las «llaves».

Atrajo hacia sí una muñeca de Xopinga, a la vez que le aplicaba en la cara uno de sus pies, en recio golpe plano.

El chino, arrodillándose, intentó liberarse, pero Maloney repitió por dos veces el tirón y el golpe de pie. Y, súbitamente, todos los tripulantes aullaron en frenético entusiasmo, en que con gritos desahogaban sus instintos combativos, al presenciar el vértigo huracanado en que se convirtió «Cabello de llamas».

Con las dos manos sujetando la muñeca de Xopinga, arrodillado, dió Maloney una media vuelta, y como el que carga un fardo, colocó su hombro bajo el sobaco que atraía hacia sí.

Hizo bascular en el aire al chino y lo proyectó de espaldas contra el suelo. La mole muscular amarillenta describió por varias veces su arco por el aire.

Pero no permanecía mucho tiempo es el suelo, contra cuya madera sus espaldas chocaban estrepitosamente, porque su muñeca parecía aprisionada en un torno de hierro…

A la quinta vez de repetir su volteo, Maloney soltó la muñeca del chino, que se quedó sentado, semiinconsciente.

Proyectóse Maloney como un portero de fútbol que detiene un balón raso, aplastándose encima del aturdido Xopinga.

Lo enlazó por la cintura, montándolo, y sentado encima de él, sus puños fueron ladeando a diestro y siniestro el rostro amarillento.

Cuando Maloney se puso en pie, tambaleándose, sudoroso y jadeante, en la madera de cubierta quedó Xopinga extendido con los brazos en cruz, el cuerpo desmadejado en infinita lasitud, y el rostro tumefacto y sangrante por las cejas partidas, las orejas agrietadas, y la nariz hinchada que formaba una masa pulposa con los labios que iban abultándose progresivamente…

—Cumplido el castigo a los ladrones —jadeó Maloney, cuyo pecho elevábase y descendía a impulsos de su respiración.

El triple grito de elogio resonó unánime de las gargantas de la tripulación, mientras Maloney vertíase los cubos de agua salada que Tian, presuroso, iba rellenando, arrojándolos al mar y elevándolos rápidamente con veloces tracciones de cuerda.

Cuando el agua fría le hubo tonificado y ya normalizado su temple, «que veía rojo al luchar», Ross Maloney secóse con un trapo que le tendía Tian.

Había vestido su camisa, y sujetado su cinturón-canana, cuando Xopinga empezó a moverse en el suelo.

—Remójalo, abuelo —ordenó Maloney designando al viejo pirata el hombre que, arrodillado, pugnaba vanamente por levantarse.

Tian fué verificando su labor de pocero, rociando con violentas impulsiones a Xopinga, quien, por fin, sacudiendo la cabeza, consiguió ponerse en pie, sujetándose con ademán infantil la cabeza entre las manos.

—Bien. Queda ahora la segunda parte —anunció Maloney aferrando al vencido por el hombro—. Reconozco que espontáneamente te declaraste autor del robo. Ahora me dirás la razón por que lo hiciste. ¡Aguarda antes de hablar! Acércate, abuelo Tian. Tú conoces a este hombre. ¿Tiene fama de mentiroso?

El viejo pirata arrugó la frente en esfuerzo meditativo. Al fin, habló solemnemente:

—Hasta hoy siempre habló verdad. Pero de lo que ahora diga no puedo responderte si será o no verdad, capitán Pantera.

—Escucha, Xopinga. Asimismo como creyendo que no te veía, te ví, también sabré si mientes. Replica: ¿por qué robaste y quién te ordenó lo hicieras?

—Nadie me ordenó, capitán Pantera —dijo con dificultad el chino, hablando con tartajoso balbuceo—. Tú sólo puedes ordenarme, y a ti sólo te obedezco.

—Esto suena a leal, muchacho. No hay tampoco en tus ojos rencor. Dime qué pensabas hacer con el papel blanco que revienta…

—En mi aldea cercana al imperio manchuriano, cuando uno de los nuestros se disponía a emprender un viaje, quemábamos pólvora en largos cordones de luces y estrellas. Era augurio de éxito.

—¿Fuegos de artificio? —preguntó extrañado Maloney.

—Así creo que lo llaman los blancos, capitán Pantera. Yo hurté el papel con el que tú haces fuegos grandes, porque pensaba hacerlo trocitos y quemarlos en tu honor cuando llegáramos a la isla para que siempre el éxito te acompañasé. Que nunca me sea concedido el reposo en la tumba del hombre leal a su jefe, si miento.

Tian avanzó contemplando unos instantes el rostro desfigurado por la hinchazón y la sangre del que estaba hablando monótonamente.

—Dice verdad, capitán Pantera —exclamó de pronto el viejo pirata—. Xopinga dice verdad…

Y arrugando la faz en múltiples arrugas, el viejo chino empezó a reír sin ruido. Todos los tripulantes le acompañaron en la risa, prodigando carcajadas. La pueril manifestación de un regocijo oriental envolvió al confuso Maloney, que al fin, iracundo levantó los dos brazos.

—¡Cerrad las cloacas, condenados macacos! ¡Silencio!

Las facies simiescas de todos los tripulantes recuperaron una impasible serenidad, aunque algunos más tardos en dominarse, cubriéronse las bocas con las manos.

Ross Maloney siguió presionando el hombro del tumefacto Xopinga.

—¡Cáscaras! ¡Imbécil! ¿Por qué no te explicaste antes? ¿Por qué no me dijiste la razón por la que hurtaste el papel que revienta?

—No me preguntaste, capitán Pantera. Me dijiste tan sólo que yo era un ladrón, y como era verdad, lo reconocí.

—Entonces, ¿reconoces que te pegué como castigo que merecías?

—Sí, capitán Pantera. Eres invencible luchador… No me arrojes al agua… Córtame la muñeca y márcame al hierro, pero déjame seguir a tu bordo.

Ross Maloney propinó una sacudida al que le hacía frente, pero a la vez sonrió con una extraña incomprensión del carácter chino.

—Ya bastó como castigo a tu imbecilidad, Xopinga. Olvidado el asunto. Sigues siendo uno de mis macacos. Eres gran luchador tú también. Pero robaste. No lo hagas nunca más, y te harás viejo a mi lado, o morirás con la muerte envidiable del hombre leal. Y ahora, *abur*, todos a vuestros sitios. Tú, Xopinga, ven conmigo.

El interpelado echó a andar tras Maloney, después de recoger su gorro cónico y sus armas a una señal del americano.

También entró en el camarote personal de Maloney, cuando éste le hizo ademán de que entrase.

En el camarote había dos instrumentos que despertaron cierta inquietud en los ojos hinchados del chino hercúleo: un fusil ametrallador que colgaba del tabique, y en una esquina, una ametralladora en ángulo, con la horquilla triangular que descansaba en el suelo.

Observó Xopinga con creciente inquietud a su jefe, que fué junto a la ametralladora. Pero Ross Maloney extrajo de un pequeño armario una caja de metal, que tintineó al ser depositada sobre la mesa.

—Ven acá, estúpido —rezongó Maloney—. Voy a curarte las «pupas». Siéntate.

—Si me lo ordenas, me sentaré en tu presencia, capitán Pantera.

Respetuosamente sentóse Xopinga en el borde del banco. Maloney abrió la caja-botiquín, y limpió las heridas con algodón empapado en agua oxigenada. Las secó con gasas que aplicó encima de las grietas y las hinchazones, y sobre ella fué desparramando pomada coloidal.

—Cerrarán pronto —explicó mientras iba vendando la cabeza del lesionado—. ¿Por qué crees que rieron tus paisanos?

—Quizá porque cometí la irreverencia de atreverme a creerme más fuerte y astuto que tú, capitán Pantera. Pero también creo que estaban contentos de que yo no fuera un ladrón traidor.

—Puedes levantarte ya, gorila. Y vete. Seremos amigos, si siempre me guardas lealtad y no tocas nada de aquello que no te pertenece.

El chino, levantóse, prosternándose varias veces seguidas. Levantó la diestra, en petición de permiso para hablar.

—¿Qué?

—Yo, capitán Pantera, ¿debo decirle a Ling que me corte la muñeca y me marque a hierro?

—Por esta vez no, ¡so bruto! Pero no vuelvas nunca más a las andadas.

El chino levantóse, prosternándose umbral del camarote. Una vez allí, recitó rápidamente:

—Bendiciones sobre ti, capitán Pantera, porque eres justo en el castigo, y yo moriré cantando, si muero sirviéndote y velando por tu vida.

Iba Maloney a replicar, pero ya Xopinga había desaparecido.

Sentóse bajo su fusil ametrallador, rascándose la sien y murmurando:

—¡Cáscaras! Esos macacos son niños, al fin y al cabo Pero… niños que hay que vigilar, porque no tienen sentido común.

El gesto de rascarse, le dolió en los nudillos despellejados. Cogió unas gasas y fué curándose el mismo las escoriaciones que le había producido en los puños la dureza de los huesos del rostro de Xopinga.

Poco después salió a cubierta, y Ling vino a su encuentro.

—Novedad, capitán Pantera, de que Xopinga pidió permiso para tenderse a dormir. Dijo que estaba fatigadísimo y le dolía el cuerpo en todos sus huesos más pequeños. Le di permiso, si tú no ordenas otra cosa.

—Creo que tenía derecho a descansar, ¿no?

Y a la sonrisa de Maloney, el piloto correspondió con la luz maliciosa de sus ojillos, riendo silenciosamente.

—¿Por qué reísteis todos como hienas cosquilleadas, cuando Xopinga dijo el motivo por el que había cogido uno de mis papeles?

—Porque nos alegró saber que nadie puede traicionarte, capitán Pantera. Y también, porque… estuvo muy bueno, muy bueno.

—¿Qué es lo que estuvo muy bueno?



Miró hacia la isla…

—La gran sacudida que le diste a Xopinga por querer hacer fuegos de artificio, capitán Pantera. Y salió ganando, porque conserva sus dos manos y su cuerpo, sin la marca infamante del ladrón. Tú eres justiciero, capitán Pantera, y tu barco será el dueño del Mar Amarillo.

—Por el instante me bastará con que lo sepas conducir a la isla de Pettigrew.

Alejóse Maloney, que se dedicó a inspeccionar su polvorín, donde se amontonaban las cajas con las granadas de mano, las bombas lacrimógenas, y las municiones, así como la superblindada que contenía los cartuchos de dinamita.

Después colocó un candado «Yale» en la puerta del polvorín. Y su última inspección más detenida, la hizo con cariño, acariciando las lustrosas maderas de la «Chris-Craft», de cinco metros de eslora, con motor de 32 caballos, fuera de borda, qua había adquirido en Shangai.

Era casi un lujo, aunque la adquirió con la finalidad de trasladarse rápidamente desde su velero a la isla de Pettigrew y viceversa.

Miró hacia el horizonte, deseoso ya de llegar a la isla que suponía tan sólo habitada por algunos indígenas. Pero según los cálculos de Ling, Pettigrew distaba aún cinco días…

Capítulo II

LA FAMILIA VAN BLOENG

Julius Van Bloeng fué el primero de la familia que abandonó los «polders» tranquilos de Amsterdam, para embarcar hacia Batavia. Después de diversas alternativas, logró situarse como exportador.

Pero mientras él hacía fortuna en Batavia, ocurrieron dos hechos muy normales: su esposa falleció en el lejano país de los tulipanes, y sus dos hijos, Theodor e Hilda, crecieron, comunicándole por carta, sus respectivas bodas.

Otras cartas le anunciaron el nacimiento de Karl y Mina, y sucesivamente la muerte de Theodor y la viudez de Hilda, que, sin hijos, acogió a su amparo a los dos hijos de Theodor.

Julius Van Bloeng nunca había sido nostálgico ni propenso a cariños familiares, pero el día que cumplió los sesenta y tres años, escribió una carta, lacónica a Hilda, su hija.

Y en Amsterdam, Hilda leyó las líneas de Julius Van Bloeng, a los dos nietos del aventurero enriquecido:

> «Hilda Van Bloeng:
>
> He remitido al «Froenstrug» de Amsterdam, una cantidad más que suficiente para el viaje tuyo y de los dos muchachos. Conviene que entendáis mis negocios, y aunque yo sea aún joven, necesito ayuda.
>
> Os espero,
>
> *Julius Van Bloeng*».

La lectura de aquella lacónica misiva, que Hilda leyó con plácida entonación, produjo en los dos oyentes una reacción muy distinta.

Karl Van Bloeng, alto, enjuto, de cabellos castaños y ojos pardos, miró a su tía con acritud, al ésta añadir calmosamente:

—Debemos ir. Vuestro abuelo os necesita.

—Un hombre que se marchó de Amsterdam, abandonando a mi abuela, un hombre que nunca preguntó por mi padre, ni se interesó con nosotros… ¡ese hombre no tiene derecho ninguno a esperar ni cariño ni ayuda!

Guillermina Van Bloeng, muy rubia y de piel muy blanca, devoraba con fruición todas las crónicas teatrales. Tenía una espléndida figura y cantaba bien. Aspiraba a ser una gran estrella de «revista».

—No seas bobo, Karl. El señor Julius Van Bloeng no desea que le llamemos abuelo, ni que le demos cariño. ¿Acaso habla cariñosamente en su carta? Lo que desea, es que tú le ayudes como secretario y futuro heredero. Me gusta la idea de ir a Batavia. Julius Van Bloeng me comprará un piano, un gramófono, y me consideraré en vacaciones. Cultivaré mi voz, y estaré más

cerca de Australia y América. Nadie es profeta en su país, y allí, en tierras exóticas, podré triunfar.

Hilda Van Bloeng, matrona linfática y resignada, recogió su mantón y su cesto.

—Voy al mercado, y pasaré por el Banco. Vosotros me diréis cuándo queréis que embarquemos. Hasta luego, Karl. Hasta luego, Mina.

Besó en la frente a los dos jóvenes, y abandonó la casita donde muchas generaciones de Van Bloeng habían vivido parcamente.

Karl Van Bloeng se puso en pie, dedicándose a pasear por el humilde saloncito, cuyas tres puertas daban respectivamente al comedor y a dos alcobas.

Mina Van Bloeng se examinó en el espejo que frente a sí tenía: era una de sus predilectas diversiones.

—Será emocionante, Karl. Los nietos del acaudalado Julius Van Bloeng, allá en Batavia, serán personajes importantes, muy distintos del empleadillo oficinista que eres en Amsterdam, y que sólo descansa los domingos. Un viaje bonito, tierras nuevas, ambientes desconocidos…

—¡Yo no iré! ¡Embarcad tía Hilda y tú! ¡No contéis conmigo!

Mina Van Bloeng levantóse y fué a enlazar su brazo al de su hermano. En gesto habitual le pellizcó la nariz.

—No estés tan enfurruñado, Karl. ¿Piensas en Gertrude? Anticipad vuestra boda, y será una luna de miel hermosa la que le brindarás, en un largo crucero a bordo de un trasatlántico de lujo, porque el señor Julius Van Bloeng anuncia que ha mandado dinero suficiente para el viaje. En lugar de irnos tres, nos iremos cuatro.

—¿Crees que Trude…? —preguntó él, vacilante.

—¡Le encantará! Anda, bobo, corre a decírselo. Verás cómo acepta entusiasmada.

Seis días después, Hilda Van Bloeng y sus dos sobrinos, más la recién casada Gertrude, se instalaban confortablemente en tres camarotes del trasatlántico de la «Hamburguer», que hacía el periplo Hamburgo-Madeira-Capetown-Bombay y Singapur,

En el Océano índico, la aparente indisposición de Hilda Van Bloeng se agravó hasta degenerar en tifoidea, y una holandesa que nunca se había movido más allá de diez kilómetros a la redonda, de una humilde casita de Amsterdam, fué sepultada en un cementerio de Bombay.

Esta fué la razón por que llegaron tan sólo los dos nietos de Julius Van Bloeng y la esposa de Karl, al término del viaje, donde se hallaron con una carta que en las oficinas de la «Van Bloeng Exportations» les entregó un gerente amabilísimo.

«Hilda Van Bloeng:

—Yo empecé desbrozando arboleda en las selvas de Java. Karl Van Bloeng debe empezar su labor trabajando en la isla de

Pettigrew, donde me he instalado provisionalmente.
Os espero,

Julius Van Bloeng».

—¿La isla Pettigrew? —gimió Karl—. ¿Qué nueva excentricidad es la de ese viejo loco?

—El señor Van Bloeng me encargó, encarecidamente, que yo me ocupase de facilitarles toda clase de comodidades, en el «cargo» de la compañía Van Bloeng que zarpará dentro de unos días hacia la isla.

—¿Hay teatros y veladas musicales en Pettigrew, señor? —inquirió curiosamente Guillermina Van Bloeng.

El gerente tuvo que hacer grandes esfuerzos para reprimir la hilaridad que le produjo la pregunta.

—¡Oh, no, señorita Van Bloeng! —dijo por fin—. Me temo que no hallarán más diversión que la hogareña del domicilio provisional donde reside circunstancialmente el señor Van Bloeng.

Pero nunca los tres viajeros habían podido imaginarse que la isla de Pettigrew sería lo que días más tarde contemplaban atónitos desde la borda del «cargo» de la compañía «Van Bloeng».

Desde la lejanía, y mientras el barco describía un cuarto de arco para dirigirse hacia la bahía donde había establecido Van Bloeng otra de sus factorías azucareras, los tres viajeros vieron una ancha franja de tierra que parecía emerger del mar.

—Pero… ¡si es un islote desierto! —lamentóse Karl asustado.

Gertrude, su esposa, le aquietó, indicándole que se divisaban casas.

—¿Casas? Cuatro o cinco chozas; hangares de leños… y un gran caserón al fondo —fué contando Karl Van Bloeng—. ¡Ya nos explicará qué locura es ésa, el viejo Julius Van Bloeng!

Y en efecto, Julius Van Bloeng se explicó…

***

La isla de Pettigrew había sido estudiada por un técnico de la «Van Bloeng», que en su informe, al regresar, expuso la gran cantidad de azúcar que se obtendría talando la isla, labor que requería varios meses.

Especificaba técnicamente, y con todo detalle, la proporción de tiempo en que podría verificarse la labor, según el equipo de hombres empleados. Especificaba la extensión de los cañaverales, con otros datos científicos, y por último, añadía un croquis de la isla. Y una nota personal y confidencial, dirigida exclusivamente a Julius Van Bloeng.

La nota particular decía:

«La isla no es frecuentada por ningún barco. Viven en ella unos cincuenta indígenas malayos, entre los que pude deambular

debido a que me acompañaban los señores pilotos y marineros, armados con fusiles de repetición, Por su situación, Pettigrew sólo recibe la visita casual de «prahus» malayos piratas, y otras embarcaciones chinas del mismo jaez. Pettigrew puede producir grandes ingresos en corto espacio de tiempo, si personal armado coopera a la labor».

El croquis, rudimentario, contenía también notas personales del técnico, que explicaba:

«Los puntos señalados con las letras B y C, son lagunas de agua dulce, formadas por la salida a flor de tierra del río que circula, subterráneo, por el centro de la isla, cuyo ancho máximo es de veinte kilómetros, por sesenta y cinco de largo, aproximadamente.

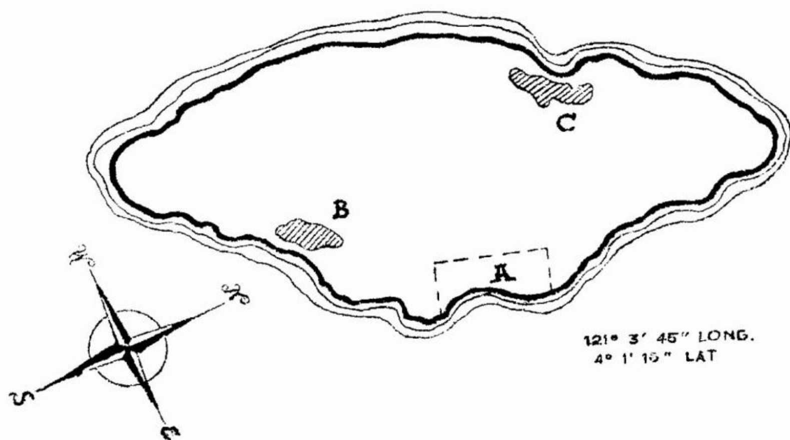
»El punto señalado con la letra A, es el lugar que estimo más apropiado para la instalación de la factoría, por dar a la bahía, protegida y resguardada de los vientos del oeste.

»La isla no tiene más vegetación que cocoteros, de cuyos frutos se nutren los indígenas, así como de otras frutas de la flora malaya. Aparte la zona oeste, cuyo litoral es arenoso en un ancho de varios kilómetros, el resto de la isla está ocupada por cañaverales.

»En las lagunas, y a su alrededor, están las chozas de la tribu malaya, cuyo jefe, Ranee, no oculta su odio hacia los blancos.»

Julius Van Bloeng dedicó una noche entera al estudio de los informes. Una semana después, y dos meses antes de que Mina Van Bloeng, Karl y su esposa llegasen a Batavia, el «cargo» de la compañía Van Bloeng zarpaba hacia Pettigrew.

Llevaba a bordo un personal reclutado especialmente por Julius Van Bloeng: cinco capataces seleccionados, y otros diez holandeses, con la calificación de «vigilantes».



La cala del «cargo», además de una gran cantidad de tablas de resistente madera, muebles, y enseres para montar una casa, llevaba armamento.

Tan sólo quince ametralladoras… Julius Van Bloeng había estimado que aquello era suficiente para instalar su factoría en la isla de Pettigrew, complementado con los cortos látigos de los cinco capataces, que al igual que los diez «vigilantes», llevaban también un fusil de repetición y un revólver *Colt*.

Para el antiguo «desbrozador de selvas», la isla de Pettigrew suponía una pequeña aventurilla sin importancia, y que produciría un cien por cien, ya que el material primero lo proporcionaba la misma isla: tanto el azúcar como los operarios.

Cuarenta y ocho eran los malayos que había en la isla al llegar el «cargo» de Julius Van Bloeng. Los que vivían en las chozas de la laguna del Este, fueron a pedir sabios consejos a Ranee, el jefe que residía con su extensa familia en la laguna del Oeste.

Ranee calmó a sus excitados siervos, que manifestaban que los «blancos rubios y llenos de carne» iban sacando del vientre de la gran nave muchas cosas desconocidas.

Pasaron dos días, y cuando uno de los malayos se disponía a entrar en una tosca embarcación, para cumplir la orden de Ranee, un látigo le rasgó los hombros, haciéndole encoger de dolor.

El capataz holandés, que acababa de surgir inesperadamente a espaldas del malayo, llevó al prisionero hacia el lugar donde Julius Van Bloeng esperaba.

Uno de los «vigilantes» conocía los dialectos malayos, y fué él quien, rifle en ristre, avanzó hacia Renee rodeado de sus cuarenta y seis súbditos, formando un cuadro exótico con sus vestiduras policromas y sus rebeldes y rizosos cabellos largos.

Julius Van Bloeng, revólver en mano, fué presenciando cómo tres capataces y seis vigilantes disparaban hacia el cielo las ametralladoras de

carro que a través de los cañaverales habían transportado hasta la laguna.

El estampido de las detonaciones, hizo que los malayos se apretujaran aun más alrededor de Ranee.

Y terminada la exhibición de sus poderes, habló Julius Van Bloeng por medio de su intérprete:

—Tú eres el jefe de esos hombres y esas mujeres, Ranee. Nosotros nos iremos cuando esta isla quede limpia de caña dulce. Necesito que tus hombres y tus mujeres trabajen cortando caña, y apilándola en mi factoría. Vivirán recluidos en caserones que hemos construido, y volveréis a ser libres, cuando quede terminada la labor. A cambio del trabajo, os entregaré cuando nosotros nos vayamos, libras de oro, con las que podréis comprar cerdos y pollos para vuestro sustento por años enteros. Si no aceptas, Ranee, todas tus mujeres perecerán.

El jefe malayo tardó en contestar. Julius Van Bloeng ordenó una nueva descarga hacia el cielo…

Cuando se disipó el ruido de las detonaciones, Ranee habló lentamente:

—Mis siervos trabajarán, blanco. Yo no, porque ante ellos perdería mi dignidad. Yo permaneceré cerca de donde ellos estén.

—Queda aceptado, Ranee. Y avisa a todos ellos, hombres y mujeres, que no pretendan llevar mensaje alguno a otras islas, porque quien lo haga fracasará y su cuerpo quedará así…

Julius Van Bloeng no contrajo apenas los ojos, cuando su revólver vomitó una llamarada, que descargó tres balazos contra el malayo que sujetaba el capataz.

La puntería de Julius Van Bloeng, pese a sus sesenta y tres años, era excelente. El malayo retorcióse sobre sus talones desnudos, y abatióse contra el suelo arenoso, que empapó en sangre, inmovilizado por la muerte.

—Que os sirva de lección, Ranee, a ti y a todos tus siervos. Y ahora, formad de cuatro en cuatro. Los hombres separados de las mujeres.

Ya estaba reclutado el personal.

***

La bahía natural tenía en sus aguas una nítida y azulada pulcritud que denotaba que pocas veces había sido surcada por quillas de nave.

Los «trabajadores» de la factoría «Van Bloeng» habían construido un embarcadero, rústico, pero sólido, aprovechando los restos de madera que habían sobrado después de la construcción del domicilio personal de Julius Van Bloeng, el caserón de los capataces y vigilantes, y las tres chozas donde estaban recluidos los malayos en las horas que no destinaban a la tala de los cañaverales.

Mientras la nave echaba el ancla, Mina Van Bloeng, en posesión de unos gemelos, examinaba con curiosidad la figura del hombre que, destacándose encima del embarcadero, sostenía una doble correa con una sola mano.

Al extremo de las correas, dos dogos alemanes de amplio pecho y robustas patas, olfateaban ansiosamente el aire, dirigiendo sus cuadrados hocicos hacia la nave, que distaba media milla del embarcadero.

Los lentes de aumento reprodujeron la figura alta y rechoncha de un hombre de rostro rubicundo y blancos cabellos, que vestía un pantalón corto de dril blanco, una camisa del mimo tejido, y cubría su cabeza con un «salakoff». Calzaba recias botas de piel sin curtir, y unas medias grises se ajustaban bajo sus rodillas, redondas y blancuzcas.

—¡El clásico explorador de opereta! —exclamó Mina alborozada.

Gertrude, su cuñada, rió también divertida por la novedad. Pero Karl Van Bloeng no desarrugó el entrecejo…

Entraron los tres en la canoa, que impulsada por remos, les llevó hasta el embarcadero.

El piloto del «cargo» saludó respetuosamente a Julius Van Bloeng, aunque manteniéndose a distancia de los dos dogos.

—Proceda a la carga de caña, y cuando haya dejado en el hangar las provisiones, y en mi despacho la documentación, puede zarpar, sin necesidad de venir a recoger órdenes. Regrese dentro de quince días. Puede retirarse. No le necesito.

Sólo entonces y cuando ya el oficial se alejaba en el bote, impulsado por los remos de cuatro marinos, Julius Van Bloeng pareció darse cuenta de que desde hacía varios minutos estaba siendo observado por dos mujeres y un hombre.

—Seguidme —dijo lacónicamente.

—¡No! Yo no… —empezó a protestar Karl.

Uno de los dogos gruñó sordamente… Mina Van Bloeng presionó con su mano alrededor del antebrazo de su hermano.

—Buenos días, abuelo Van Bloeng. Estamos desconcertados… Todo es para nosotros tan imprevisto, que…

—Hablaremos en casa. Seguidme —atajó el sesentón.

Volvió la espalda a los recién llegados, y precedido por los dos dogos, tomó un sendero hacia su izquierda, que conducía a un caserón-bungalow con terraza, rodeada de tela metálica.

El edificio, de una sola planta, era todo de madera, y la terraza elevada a un metro del suelo, circundaba por completo el cuadrado edificio, que distaba tan sólo unos doscientos metros del embarcadero.

Durante el corto trayecto, Julius Van Bloeng no se volvió ni una sola vez, y al llegar a la única escalera que daba acceso a la terraza, ató los dos dogos al pie de ella, en una sólida argolla.

Los sujetó por el collar, mientras decía:

—Entrad. No están aún familiarizados con vosotros.

En la terraza había varias mecedoras alrededor de una mesa en la que varios termos rodeaban una bandeja con emparedados.

Julius Van Bloeng fué a sentarse en una de las mecedoras, quitándose el

«salakoff», que depositó a su lado, en el suelo, con la copa contra la madera.

—Sentaos.

Hablaba con incisiva dureza. Sus ojillos pardos y penetrantes tenían una viveza juvenil. Era adiposo y de carnes blancas, y daba, sin embargo, una sensación de vigor y vitalidad.

Mina obedeció, sentándose frente a él, al otro lado de la mesa. Karl ayudó a su esposa a sentarse, permaneciendo él en pie, tras la mecedora ocupada por Gertrude.

—La muerte de Hilda ha sido un gran contratiempo. Ella habría podido servir de ama de llaves para ti, Karl.

—¡Hilda era su hija! —exclamó Karl, lívido el semblante—. ¡Murió y usted no…!

—Por favor —suplicó Guillermina—. Nosotros la lloramos, porque se portó como una madre. Deja que el abuelo hable. Tiene que explicarnos, seguramente, muchas cosas.

Julius Van Bloeng miró a Mina como si la viera por vez primera.

—Pareces sensata, Guillermina. Supongo que esa mujer es tu esposa Gertrudis, Karl. Ellas dos te servirán de ama de llaves. Dentro de quince días me marcharé. De aquí a entonces sabrás lo suficiente para dirigir por ti mismo esta labor.

El brazo derecho de Julius Van Bloeng se distendió, señalando a través de la reja metálica, las tres chozas y el caserón.

—Allí residen los capataces, los vigilantes, y los trabajadores. Hoy se ha suspendido la labor, a causa de la llegada del barco. Mañana a las siete, tú me acompañarás, y te instruirás sobre tu cometido. Es fácil. En Amsterdam eras un oficinista. Aquí serás un plantador. Debes recorrer el camino que yo seguí, y empiezas con suerte, porque tienes a tus órdenes cinco capataces curtidos y diez vigilantes expertos. Yo empecé como simple desbrozador, y durante diez años trabajé de sol a sol, hasta reunir las primeras mil libras. Tú dirigirás el trabajo. Tu mujer y Guillermina cocinarán y lavarán la ropa de los capataces y vigilantes.

—¡No son criadas! —estalló indignado Karl.

—Aquí no hay servidumbre. La tendrás cuando la pagues. Te asigno el sueldo mensual de treinta libras. El doble de lo que yo ganaba a los cinco años de trabajo. Esta labor primera te ocupará tan sólo seis meses, porque pasado este tiempo quedará talada la isla de cuanta caña de azúcar posee.

—Aborrezco tu forma de hablar; aborrezco tu seguridad de que serás obedecido —y a medida que hablaba, Karl Van Bloeng se iba acalorando—. Aborrezco la inhumana carencia de sentimientos con que nos has acogido. Aborrezco tu apariencia de…

—¡Chist! —bisbiseó Mina—. Un hombre como el señor Julius Van Bloeng, endurecido en las selvas de Batavia, pensando sólo en hacerse rico, no tuvo tiempo para ser sensible ni diplomático. Déjame hablar a mí, Karl. Estás en tu luna de miel, y no te conviene irritarte. ¿Puedo hacer varias

preguntas, abuelo Van Bloeng?

El aludido asintió mudamente, sin apartar la vista de la hermosa holandesa.

—Has asignado un sueldo a Karl. ¿Qué sueldo nos asignas a Trude y a mí por cocinar y lavar?

—Ninguno. Vosotras no tenéis más utilidad que la que voluntariamente podéis prestar. Mis hombres saben guisar y saben lavarse la ropa.

—Entonces que sigan haciéndolo —replicó sonriendo Mina—. Nosotras guisaremos y lavaremos para Kart y para nosotras mismas. ¿Quién te cocinaba a ti?

—Comía con el jefe capataz, que se llama Frederick Storm.

—No le prives de tu amable compañía, abuelo Van Bloeng. ¿Qué habitación nos destinabas?

—Esta casa. ¿No te parece bastante cómoda?

—Es magnífica. ¿Y tú, donde duermes, abuelo Van Bloeng?

—En una hamaca, en esta misma terraza, porque desde ella diviso la isla.

Julius Van Bloeng hablaba duramente, pero no apartaba los ojos de Mina, la cual, siempre con el mismo tono reposado, siguió hablando:

—Karl permanecerá aquí los seis meses, acompañado por nosotras dos. Después, si el trabajo que le puedes ofrecer es de su gusto, lo aceptará. Si no, te buscarás otras personas para ayudarte, abuelo Van Bloeng.

—Y si no acepta, ¿qué haréis?

—Trude y él pueden hallar trabajo sin dificultad alguna en cualquier compañía naviera o de exportación de Batavia. Ella es contable y mecanógrafa, y Karl sabe llevar un despacho con gran eficiencia.

—¿Y tú?

—Hay en Batavia dos clubs de noche, abuelo Van Bloeng. Yo canto muy al compás de la música, y bailo también si es preciso Te garantizo que será una gran atracción para los de Batavia, el leer el nombre de Mina Van Bloeng en la fachada de uno cualquiera de los dos clubs citados.

Julius Van Bloeng se levantó y sin pronunciar palabra abandonó la terraza. Desató los dos dogos, y se disponía a marcharse, cuando desde la puerta, Mina Van Bloeng le llamó:

—¡Abuelo Van Bloeng!

Este se volvió, y vio surcar por los aires su «salakoff».

—Te habías olvidado el sombrero, abuelo Van Bloeng —gritó Mina—. Sería lástima que el sol ablandara tu fuerte cerebro de hombre de negocios.

Julius Van Bloeng recogió del suelo el «salakoff». Lo limpió con el dorso de su antebrazo, y siguió su camino hacia el caserón de los capataces.

Mina sentóse de nuevo, mientras Karl dejábase caer alelado en otra mecedora.

—¡Soberbia! ¡Soberbia! —exclamó con admiración—. Mina, eres un ángel. Lo has apabullada.

—Quizá he conseguido sorprenderlo, Karl —musitó ella—. Pero tengo…

miedo.

Hablaba en voz baja, pero sus ojos estaban fijos en las tres chozas. Y los otros dos vieron también a los tres blancos, vestidos al igual que Julius Van Bloeng, y que sentados en un sillín junto a una ametralladora, demostraban patentemente que eran vigilantes.

Las bocas de las ametralladoras enfocaban, cada una de ellas, una de las puertas de las tres chozas…

Capítulo III

DIVERGENCIAS SE OPINIÓN

El «Panther» dió por fin vista a una franja de tierra lejana que desde el timón, Ling señaló con el grito de:

—¡Isla Pettigrew, capitán Pantera! Desde el castillete de proa, Ross Maloney empuñó los anteojos «Zeiss», otra de sus adquisiciones en Shangai, y fué graduándolos hasta que su visibilidad de la costa fué perfecta.

—Excelente panorámica —comentó en voz alta para sí mismo, con júbilo —. Terreno arenoso desierto… Una laguna con chozas alrededor… Y una cantidad exuberante de cañaverales, que los pobrecitos no saben que se convertirán en ron… ¡Jauja!

El velero se aproximaba a la isla por el litoral oeste, y Ross Maloney fué calculando, aproximadamente, la extensión de Pettigrew.

Silbó meditabundo, dejando de mirar con los prismáticos.

—Trabajo para más de medio año. Ron para emborrachar a todas las tripulaciones de todas las escuadras mundiales. Seguramente habré traído pocos barriles. En fin, la avaricia rompe el saco. Cuando haga el pleno, un viajecito de venta y otro de vuelta para acabar con el azúcar.

La isla fué agrandándose, y la ancha franja arenosa fué visible, así como la laguna.

Llamó Maloney al viejo Tian, que acudió presuroso.

—No veo ni rastro de habitantes en las chozas que rodean la laguna, abuelo.

—Habrán huido a los cañaverales, capitán Pantera. No les gustan los grandes barcos.

—Es posible. Elige treinta macacos para que en dos lanchas me acompañen a examinar «mi» isla. Les haremos comprender a los de la isla que somos buenos muchachos y que con ellos no queremos pelea. Si se ponen tontos, les daremos un par de nalgadas flojas, para que entren en razón. Pero advierte a los treinta macacos que vendrán conmigo que no quiero sangre de isleños. Al fin y al cabo, ellos están en su tierra y nosotros somos los intrusos. Avisa a Ling que eche anclas cuando las brazas de profundidad lo aconsejen. Lo más cerca posible de la costa.

Un cuarto de hora después, el «Panther» se inmovilizaba a media milla de la costa oeste. Dos lanchas fueron arriadas y en una de ellas, Ross Maloney en pie a proa, terciado en bandolera ante el pecho su fusil ametrallador, iba contemplando los contornos de la isla, a medida que la lancha, seguida por otra, iba aproximándose.

Puso pie en tierra, saltando antes de que quedara detenida junto a una plataforma natural de rocas, y empezó a andar en dirección a la laguna.

Era como un atolón, a cuyo alrededor una docena de chozas cubiertas con anchas hojas de palma y edificadas con troncos de cocotero, formaban un espaciado círculo.

—¡Ehoeeé! —gritó Maloney, haciendo portavoz con las dos manos en hueco alrededor de los labios.

Aguardó unos instantes, pero de las chozas nadie salió.

Tras él, los treinta piratas chinos dirigidos por Tian, aguardaban impasibles las órdenes del «diablo torbellino».

Avanzó Maloney, apoyada la diestra en la culata del fusil que colgaba de su cuello, y fué visitando una por una las chozas.

—No hay nadie —meditó en voz alta—. ¡Tian!

El llamado acudió corriendo, desenvainando el yatagán.

—Vamos a tener que jugar al escondite por entre las cañas —masculló Maloney contrariado—. Esos asustadizos indígenas deben estar estropeando «mis» cañas.

Volvióse para observar la gran extensión de cañaveral, que formaba una compacta barrera.

—Tú eres temible por tu gran experiencia, abuelo Tian. Sabes comprender mejor que yo el carácter de los que son, en parte, gente de tu raza. ¿Qué harías en mi lugar? ¿Registrarías el cañaveral?

—Si nosotros ir por norte, ellos esconderse por sur. Desde los juncos nos divisan, y nosotros no les vemos.

—Exacto. Y no quiero que pisoteemos este jugoso campo. ¿Qué te parece si…? ¡Hey! —gritó de pronto—. ¿Eso qué es?

A la vez que se exclamaba, Ross Maloney quitóse del cuello la correa que soportaba su fusil ametrallador, y lo mantuvo atravesado delante de su pecho, pero asido por la culata y con un dedo en el gatillo…

Tian retrocedió hasta colocarse al frente de los treinta piratas.

Por entre los cañaverales acababa de surgir lo inesperado. Un hombre de blancos cabellos, con «salakoff», y seguido de otro, alto y enjuto, muy joven…

Tras ellos, siete blancos más, terciados los fusiles, se extendieron en hilera.

Otros tres surgieron empujando una ametralladora de carro.

—¡Cáscaras! ¿Esa es la isla desierta? —murmuró Maloney, ya más tranquilizado y repuesto de la impresión—. ¡Americano! ¡De Kansas! —se presentó.

Julius Van Bloeng, acompañado de Karf, avanzó unos pasos.

—No hay más provisiones en esta isla que el agua potable de la laguna —dijo secamente.

—La laguna ya la he visto —admitió Maloney—. También veo el armamento que se trae usted, *mister*…

El inglés de Julius Van Bloeng era ronco, con vocales muy abiertas y consonantes recalcadas en su pronunciación.

—Soy Julius Van Bloeng, holandés. Naviero y exportador de Batavia.

—Yo Ross Maloney, capitán mercante. Ahora licorero.

—Si desea alguna provisión de boca, puedo facilitársela, *mister* Maloney.

—Agradecido, pero estoy aprovisionado. No vengo de paso, *mister* Van Bloeng. He venido a cortar caña.

Los ojillos de Julius Van Bloeng se entrecerraron, y su mirada fué del americano a Tian y los treinta hombres y al velero, surto a media milla.

—No le aconsejo la permanencia en esta isla, *mister* Maloney.

—¿Por qué, señor?

—Es malsana. Hay fiebres.

—Usted, pese a sus cabellos blancos, tiene buenos colores. Si la fiebre no se ceba en un anciano holandés, menos efecto me causará a mí.

—Los indígenas no miran con simpatía a los blancos.

—Usted no es negro, *mister* Van Bloeng.

—Abreviando, capitán Maloney. Yo y mis capataces explotamos la isla desde hace tiempo.

—¡Ah, ya! Mal negocio. Creí que yo sería el primero. Pero en fin, hay casa para todos.

—¿Tiene usted permiso del residente holandés?

—Esta isla es libre de nacionalidad, *mister* Van Bloeng. Me enteré concienzudamente al zarpar de Shangai. Y aquí no se juega al que primero llega se come la manzana, sino que hay que meditar que todos los negocios tienen competencia. Lamento verle, porque esperaba ser el único blanco, pero, ¡qué remedio queda! Me conformaré con asolar la caña, a medias con usted.

—No le será posible, capitán Maloney.

—Expóngame sus razones.

—Porque… he adquirido todos los cañaverales.

—¡Sí? ¿A quién se los compró?

—A Ranee, el jefe indígena.

—Él será indígena, pero usted ha hecho el indio bravo, *mister* Van Bloeng. Perdóneme si soy algo rudo, aunque hago esfuerzos por ser cortés, ya que peina usted cabellos de nieve. Me aseguró que era naviero y exportador. Por sus años, tiene que tener buena experiencia en lides comerciales. Y sin embargo, ha metido el remo hasta las orejas. ¿Comprarle las cañas a Ranee o como se llame? Pues ha sido una linda estafa que le han hecho, *mister* Van Bloeng. Lo siento por usted, pero ni Ranee ni su bisabuelo tienen el derecho de propiedad sobre esta isla. A lo más tienen el derecho de que les respetemos

el inquilinato sin contribución. Su venta es nula. Ninguna autoridad blanca la respalda. Estoy bien informado, porque mis consejeros legales fueron oficiales británicos, y ya sabrá usted que estos caballeros son comerciantes con mucha pupila y gran dosis de puritanismo, ¡Cáscaras! He sido muy elocuente. Estoy fatigado. No discutamos más, *mister* Van Bloeng. Podemos, si quiere, hacer una demarcación leal. Trato limpio que respetaré. Un cincuenta por ciento de la caña, para usted. El resto para mí.

—Insisto en que me opongo a su permanencia en esta isla.

—¿Sí? Oiga, *mister* Van Bloeng. Me revienta discutir con usted. Este joven que le acompaña, ¿quién es?

—Mi nieto: Karl Van Bloeng. Director ejecutivo de esta plantación.

—¿Director ejecutivo? Magnífico. Prefiero discutir con él. Es de mi edad, y nos entenderemos mejor.

—Le notifico que mi nieto llegó tan sólo hace dos días, y es inexperto en estas lides.

—No importa. Al menos, con él puedo usar un léxico más apropiado. Diga, Karl Van Bloeng, ¿por qué motivo tengo yo que largarme?

El interpelado enrojeció, visiblemente confuso.

—Supongo, capitán Maloney, que sabrá usted respetar los derechos adquiridos con primacía a los suyos.

—¡Qué derechos ni qué muñecas de trapo! ¡Canastos! ¿Estamos aquí en el Palacio de Justicia? Eso es el mar mal llamado Pacífico. Yo vengo en plan de pacífico licorero, pero no me hinchen las narices con tanto legalismo absurdo e inexistente. He hecho mis gastos. Traigo destilador, alambique y noventa trabajadores. Vengo a obtener mis beneficios. Conque ya lo sabe, Karl Van Bloeng. Instalaré en esta laguna mi destilería. Ahora, dígame, ¿esa ametralladora, esos rifles, esos regordetes y robustos holandeses con cara de pocos amigos que les custodian las espaldas, son los argumentos que piensan emplear para inducirme a abandonar mi proyecto? Conteste, Karl Van Bloeng.

Pero fué Julius el que replicó:

—Rondan piratas malayos y chinos, capitán Maloney. Por lo tanto, debemos estar armadas en previsión de ataque.

—Ya… También yo vengo equipado. Mis noventa trabajadores, en caso preciso, entienden mucho de lanzar cartuchos de dinamita, bombas de mano y rociar con ametralladoras. Ven, pues, señores holandeses, que en buena armonía no hay pirata que se avecine. ¿Dónde han instalado su factoría?

—En la bahía del este, capitán Maloney.

—Bien. Permaneceré, pues, en esta zona. Y lo dicho. Tratemos lealmente la división del terreno. Tocarán menos en los beneficios, *mister* Van Bloeng y nieto, pero «chínchense», que yo también me aguanto.

—Sería impropio que dos europeos pelearan entre sí —dijo Julius Van Bloeng adustamente—. Si no tiene inconveniente, capitán Maloney, esta noche le aguardo en mi casa. Podemos acabar esta discusión negocial. Una invitación particular.

—Bueno. De acuerdo. ¿A qué hora?

—Le aguardo a las nueve. Es la hora en que ya no hace calor. Buenos días, capitán Maloney.

—Idem le digo, *mister* Van Bloeng. Hasta la noche.

En holandés, Julius Van Bloeng ordenó a sus capataces y vigilantes que retrocedieran hacia el cañaveral. Ya ocultos por las casas, uno de los capataces avanzó:

—Tuvimos ocasión de liquidarlos, señor —lamentóse—. Solo el americano tenía armas de fuego; los chinos nada más llevaban…

—Aquí mando yo, Frederick Storm —atajó secamente el holandés—. Hubiese sido una imprudencia atacar. Aparte de que el americano estaba atento, ¿qué sabemos lo que el velero contiene? Esta noche, él vendrá. Ya por entonces habré pensado lo que debo hacer. ¡Nadie se opone a lo que yo me propongo! Y mucho menos se opondrá este imberbe jovenzuelo insolente.



La descarga alcanzó el pecho de Karl...

Karl Van Bloeng desde hacía dos días obraba como un autómata. Había visto azotar hasta que la espalda de un malayo convirtióse en una pulpa sanguinolenta.

Los latigazos los había administrado el capataz Frederick Storm, para intentar arrancar del malayo «interrogado», el paradero de su hermano, que faltaba al recuento.

Veíase que había huido. La isla había sido registrada con los perros, pero en toda ella no se encontró el menor rastro del hermano del azotado, que al persistir en su silencio, volvió a ser azotado por Storm, hasta que Julius Van Bloeng, dijo secamente:

—Basta.

Creyó Karl en un posible apiadamiento de su abuelo, pero rechinó los

dientes escalofriado cuando comprendió que la orden de cesar había sido dada para evitar que Frederick azotase inútilmente…

—Pegar a un cadáver es derrochar tus fuerzas inútilmente, Storm —dijo lacónicamente Julius.

No contó lo sucedido Karl. No quería alarmar más a su esposa y a su hermana. Y ahora, al oír la tranquilidad con que Frederick Storm hablaba de «liquidar» a los recién desembarcados. Karl Van Bloeng siguió andando más acentuado que nunca su automatismo.

Avanzaban por entre los cañaverales en silencio, hasta que Julius Van Bloeng habló de nuevo.

—Si fuese cierto que este americano viniese solo al mando de los chinos… entonces sería más fácil.

—¿Quiere que vaya a bordo, señor? —inquirió Frederick Storm.

—Hazlo. Procura demostrar la indiferencia de un negociante.

—No se preocupe, señor. Ya sabe que en otras ocasiones he sabido servirle bien. No en balde he aprendido a su lado, señor.

Cuando Frederick Storm hubo desaparecido desandando lo andado; Karl Van Bloeng se detuvo asiendo nerviosamente por el brazo a su abuelo.

—¡No soporto más! ¡Esto es odioso! ¡Sois una banda de criminales!

Julius Van Bloeng miró a su nieto y dijo con aspereza:

—Eres blandengue, Karl. ¡Ojalá tuvieses el carácter decidido de Mina! Los negocios en estas latitudes deben llevarse a cabo sin escrúpulos de oficinista…!

—¡De hombre honrado! ¡De humanidad! Lo que tú no tienes… Me marcharé en el próximo arribo de tu barco y te denunciaré a las autoridades de Batavia, por negrero, asesino…

Julius Van Bloeng no hizo más que un gesto. Enderezó la boca de su rifle y la descarga alcanzó de lleno en el pecho de Karl Van Bloeng, que dilatados los ojos en el máximo del estupor, vaciló… dió un traspiés y cayó de bruces.

Aureolado por el humo del disparo mortal, Julius Van Bloeng habló con sequedad, tomando por testigos a sus capataces y vigilantes:

—No servía para heredero mío. No habéis visto nada. En su tiempo, cuando el cadáver sea descubierto, habrá un responsable, esté advenedizo aventurero americano. Prepararé el terreno en el ánimo de mi nieta y la viuda.

Los servidores de la compañía «Van Bloeng» miraron con renovada admiración al hombre que a sus sesenta y tres años, sabía ser tan «enérgico» y taimado…

***

Ross Maloney quedóse contemplando la desaparición de los holandeses por entre el tupido cañaveral.

—¡Condenado contratiempo! ¡Maldito Pettigrew! ¡Malditos sean esos entrometidos holandeses! ¡Rayos y centellas! ¡Cáscaras y canastos!

Rió él mismo, reconociendo la infantilidad de sus pueriles desahogos.

—Bueno. Habrá menos borrachos por mi culpa. Siempre será un pecadillo menos en mi conciencia. Acércate, Tian. ¿Qué te pareció el anciano de pelo de nieve?

—Sapo gordo, poco de fiar. No me gustan sus ojos. Son falsos, capitán Pantera.

—¿Qué entiendes tú de ojos de blanco?

—Los tuyos lo son. Miran recto y te adivino antes de que hables. Eres leal. Eres justiciero. Eres…

—Cierra la espita del halago, viejo carcamal. ¿El joven, qué te parece?

—Asustado. Poco hombre. No sabrá pelear, capitán Pantera.

—¿Los otros?

—En el interior de mi tierra los hay como ellos. Les llaman plantadores. Como ellos llevan también «escupe-fuegos» y látigo. Pegan tanto a mujeres como a niños. Odiosos blancos.

—¡Cáscaras! Desconfiarás hasta de tu taparrabos, abuelo Tian.

Uno de los piratas levantó el brazo designando hacia el cañaveral.

Siguió Maloney la dirección indicada, y vió aparecer a Frederick Storm.

Grueso y fuerte, Frederick Storm lucía un bigote negro y lacio, y su rostro se diferenciaba de los de su nacionalidad que por lo común eran semblantes plácidos y de rubia complexión.

Muchos alemanes del sur suponían a Frederick Storm paisano suyo.

—He regresado, capitán Maloney, en cumplimiento de las órdenes de mi patrón. Soy su capataz en jefe. Mi nombre es Frederick y mi apellido es Storm.

—¿Qué órdenes le dió *mister* Van Bloeng?

—Que me pusiera a su entera disposición, capitán Maloney. Sus compañeros pueden necesitar bebidas o periódicos, cosas muy apreciadas en estas, latitudes.

—Mis chinos beben jugo de arroz, y leen en las estrellas.

—Me refería a los señores americanos, pilotos y maquinistas.

—Mi «Panther» navega a vela, y su motor auxiliar funciona poco. No hay a bordo más blanco que yo.

Frederick Storm puso una cara de tan acabado asombro, que el propia Maloney sintióse intrigado.

—¿Qué le ocurre, Storm?

—Son muchos los años que tengo de permanencia en el Pacífico, capitán Maloney. Pero nunca vi a un solo blanco que se atreviera a mandar solo en una tripulación exclusivamente compuesta de amarillos, a menos de navegar acompañado por varios blancos.

—¡Cáscaras! Si le digo que yo solo me las entiendo con esos mozos, haga el favor de no ponerlo en duda, porque me revienta que me tilden de embustero.

—No se ofenda, capitán Maloney. Fué simplemente una observación de hombre de su raza. Al menos, supongo no cometerá la imprudencia de

dejarles el acceso al armamento…

—Oiga, Storm. No se sienta padrazo, porque es otra de las cosas que más me «jeringan». Agradezco sus amables preocupaciones por mi salud, pero puede ya largarle, amigo. Hace varios años que ando solo, y cuando tropiezo yo mismo me insulto y me recompongo la descalabradura.

Frederick Storm procuró sonreír amablemente, despidiéndose tocando el borde de su «salakoff».

Estaba ya lejos cuando Maloney murmuró.

—¿Y ése, abuelo Tian?

—No me gusta, capitán Pantera.

—A mí tampoco. Y… ¡cáscaras! Ya me has contagiado, viejo atún. Estoy empezando a desconfiar de mi propia sombra… ¡Hey!

El salto con que Maloney dió media vuelta, enfocando con su fusil ametrallador los cañaverales, alarmó a Tian y a los demás piratas que desenvainaron al unísono sus yataganes.

Pero era un disparo lejano…

Aguardó Maloney y al no oír más explosión de pólvora, colgó de nuevo su fusil ametrallador del cuello.

—Volvamos a bordo, macacos. ¡A las lanchas!

Acercábanse ya los dos botes al costado del «Panther» cuando Maloney resumió en voz alta su pensamiento:

—En esta isla sobran los holandeses. Me huelen mal. Creo que tendremos divergencia de opiniones.

***

A las ocho de la noche, Gertrude empezó a alarmarse por la ausencia de Karl. Comunicó su inquietud a Mina, la cual abandonó la terraza dispuesta a dirigirse al caserón de los capataces donde cenaba Julius Van Bloeng.

A medio camino retrocedió, íntimamente asustada, al oír el gruñido de los dos dogos, que en la obscuridad precedían a Julius Van Bloeng.

—¡Quietos! —ordenó el holandés.

—¿Y Karl?

—Estará recorriendo los cañaverales. No le convenció el americano.

—¿Qué americano?

—Un capitán mercante extraño que llegó a la costa oeste, este mediodía. Le salimos al encuentro y Karl tuvo unas palabras con él. Por eso me dijo que pensaba ir con dos capataces a vigilar lo que hacía ese marino llamado Ross Maloney.

Ató Julius los dos dogos al pie de la escalera, y entrando en la tenaza, aceptó de buen grado el vaso que le trajo Gertrude, vaciando un termo conteniendo jugo de frutas prensado en mezcla con agua helada.

—Karl está de servicio —dignóse explicar el viejo—. Volverá, seguramente, a la medianoche, Trude. No te impacientes. Prepara un termo con licor helado. Espero la visita del capitán Ross Maloney. Tenemos que

discutir de negocios.

Enfráscose Julius Van Bloeng en la lectura de una de las múltiples revistas teatrales que, con su equipaje, había traído Mina. Las dos mujeres sentadas en las mecedoras, abanicábanse para ahuyentar el calor.

***

A las ocho y media de la noche, Ross Maloney ordenó que fuera arriada la lustrosa embarcación que él llamaba su «zapatilla».

Entró en su interior acompañado por Tian, y cuando la canoa de motor se posó en el agua, el viejo pirata estudió detenidamente la operación con que, iluminado por la linterna potente de a bordo, Ross Maloney provocó un petardeo ensordecedor al bajar la palanca de contacto.

Cubrióse Tian los oídos con ambas manos, mientras Maloney empujando con el pie el pedal de velocidad, hacía describir a la canoa un veloz semiarco.

El medio-volante al que se asía Maloney con una mano, fué girando lentamente y la canoa, levantando grandes penachos de espuma, lanzóse como una flecha hacia el sur.

—¡Estupendo! —vociferó Maloney—. ¡Una seda!

Pero no debía ser esta la opinión del viejo pirata, por cuanto se mantenía tendido en el fondo de la canoa, apretados los dientes y cerrados los ojos.

Pasó un cuarto de hora, y por fin los petardeos fueron disminuyendo hasta convertirse en un ruido muy parecido al de espaciadas descargas de fusil.

Incorporóse Tian al decrecer la velocidad, y con la mano derecha le señaló Maloney las linternas que colgaban de los cinco edificios de la amplia bahía en la que estaban entrando, por entre los dos abanicos de espuma que se abrían a ambos costados de la rápida canoa.

—Instalados como príncipes —dijo Maloney—. Embarcadero y todo. Bien, abuelo Tian. Ya sabes tú misión. Me aguardas aquí dentro y nadie entra.

Con el pie que no pisaba el pedal, tocó Maloney los dos revólveres depositados en el espacio vacío de debajo el motor.

—Si alguien quiere entrar por la fuerza, dispárale. Las explicaciones que luego vengan, ya las daré yo.

La canoa, con un deslizamiento a motor calado, fué a arrimarse al embarcadero, donde Tian sujetóse con las dos manos, mientras Maloney ataba alrededor de una pilastra la cuerda de contención.

Saltó al suelo, sujetándose el fusil ametrallador que colgaba sobre su pecho en bandolera.

—Hasta ahora, abuelo Tian.

—Confucio vele tus pasos, capitán Pantera.

Con la zurda, presionó Maloney el botón de su linterna eléctrica, para iluminarse el camino en la obscuridad de la noche.

Una silueta quedó enmarcada en el haz de luz.

—Buenas noches, capitán Maloney.

—¡Hola, Storm! ¿Dónde está la casa de *mister* Van Bloeng?

—Le esperaba para conducirle allí. Puede apagar su linterna.

—Me gusta saber dónde piso, Storm. Vaya delante.

El holandés obedeció, deteniéndose poco después, a diez metros del edificio de madera, en cuya terraza la luz de varios quinqués atravesaba la tela metálica.

Unos gruñidos de perro hicieron que Maloney asaetara el foco de su linterna hacia donde procedían.

Iluminó a los dos dogos, que ladraron enfurecidos.

—¡Cáscaras! ¡Qué animalitos tan lindos! Esos son de los que pegan bocado y no sueltan…

—¡Quietos! —gritó una voz seca.

A la orden de Julius Van Bloeng, los dos dogos agacharon las orejas y volvieron a tenderse.

—Puede entrar sin temor, capitán Maloney —invitó el viejo, abriendo la puerta de la terraza.

Ross Maloney describió un leve rodeo para evitarse la proximidad de los dos dogos.

Seguía mirándolos, cuando piso la terraza.

—Para una charla de negocios a la que estarán presentes dos mujeres, acude usted muy pertrechado, capitán Maloney.

La acre frase del viejo holandés, hizo que Maloney se fijara en las dos aludidas. Una de ellas, con bata de tejido de flores, no era fea, y sin embargo era insignificante.

La otra, vestida con un vaporoso combinado de falda plisada y blusa azul, era llamativamente hermosa.

Tocó Maloney el borde de su gorra, hasta que de pronto, dándose cuenta de la increíble presencia de dos mujeres en aquella isla, que supuso desierta de toda civilización, quitóse la gorra.

—Perdón… Es mi segunda sorpresa. No creí que… bueno, que hubiesen señoritas por esos parajes.

—No replicó a mi observación, capitán Maloney —dijo Julios—. Le hice darse cuenta que su fusil ametrallador y sus dos revólveres, no eran muy a propósito para una charla negocial. Menos con señoritas delante.

—Usted no me advirtió que había señoritas, *mister* Van Bloeng.

—La esposa de mi nieto y mi nieta Guillermina.

La muchacha de la falda blanca y la blusa azul, inclinó levemente la rubia cabeza al ser nombrada, después de que Trude hizo el mismo gesto.

—Aun suponiendo que no se lo hubiera dicho, no altera eso la situación, capitán Maloney. Habló usted de tratos leales, y acude con un fusil ametrallador;

—La costumbre —se excusó ingenuamente Maloney—. Verá, *mister* Van Bloeng. Yo soy un hombre normal. Cualquiera puede hacer lo que yo hago, es decir, andar por esos mares y sus tierras, si se ayuda con un buen «trasto» de esos —y palmeó la culata de su arma—. No va en ello ningún peligro contra

los que tratan conmigo lealmente. Pero usted mismo, cuando apareció con su escolta de rifles y la ametralladora, me indicó que era por la posible aparición de piratas por esas aguas. ¿Recuerda?

—Puede sentarse, capitán Maloney. Trae licores, Trude.

—Por mí no se moleste, *mistress* Van Bloeng. Me he metido a licorero pero detesto el alcohol.

—¿Un jugo de frutas, capitán? Es todo cuanto podemos ofrecerle de helado —dijo Mina.

Su peculiar acento holandés al hablar en inglés, agradó a Maloney, que halló una gran musicalidad en la voz de registro de Mina Van Bloeng.

—¡Me encanta el jugo de frutas, *miss* Van Bloeng! ¿Y su nieto, *mister* Van Bloeng?

El viejo tardó unos instantes en contestar. Una pausa inhábil.

—Supongo que debido al incidente de esta mañana con usted, Karl no habrá acogido con placer la idea de volverle a ver, capitán Maloney.

—Es posible —admitió Maloney—. Pero compréndalo, *mister* Van Bloeng. Yo no podía discutir de hombre a hombre con usted, por su edad. En cambio, con su nieto era otra cosa. Pero en fin, la discusión no pasó a mayores, ¿no es así, *mister* Van Bloeng?

—Persisto en aducir que es improcedente su presentación con sus armas, capitán Maloney.

—Vine en mi «zapatilla». Por el camino podía tropezarme con algún pirata. ¿Sería incorrecto le pidiera, *mister* Van Bloeng, que hablásemos a solas?

—Lo que me quiere decir puede hacerlo ante las dos muchachas. Son de mi familia, y me ayudarán en mis negocios.

—Bueno: usted lo ha querido, amigo —y el americano habló con incisiva contundencia—. No me gusta su capataz en jefe. Menos me gustan los otros. Y sus perros menos aún. Con la linterna he enfocado varias cosas. Entre otras siluetas de holandeses que se precipitaron a ocultarse tras la fachada de la casa. Llevaban rifles… ¿Contra piratas? Yo he venido a hablar de negocios, *mister* Van Bloeng. Pero le advierto que cuando no sé el terreno que piso tomo mis precauciones. Son varios los años que resido en China, y aprendí que la sonrisa de Buda es taimada y traidora. Nos contagia a los europeos, que venimos para hacer fortuna sea como sea. Creo que hablo claro, ¿no? Por las buenas, podemos compartir la isla. ¿Usted está instalado en el este? Desplume las cañas por esta banda, que yo, a partir de mañana, empezaré por la banda oeste. Cuando caigan las últimas cañas y nos topemos, cada uno se dirá adiós, y asunto terminado.. Mientras, podemos estar en vigilante armisticio. Esa es mi proposición.

—Salga.

La única palabra de Julius Van Bloeng detuvo el ademán con que Maloney disponíase a refrescar la garganta después de su perorata.

Pero bebió de un largo sorbo el contenido helado del jugo de frutas que

Mina había vertido de un termo en el vaso alto y ancho.

—Salga —repitió Julius Van Bloeng.

—Esto significa que me echa, ¿no, *mister* Van Bloeng? Una advertencia. No creo que me peguen un plomo por las espaldas. Por si acaso, le aviso que una de las precauciones que he tomado ha sido la de aprovechar la noche sin luna. Antes de que mi «zapatilla» se separara del costado de mi velero, hacía ya una hora que tres lanchas con veinte chinos cada una, y llevando un cartucho de dinamita por barba, se dirigieron hacia esta bahía precediéndome. Tienen orden de dinamitar y entrar a sangre y fuego si me convierto en fiambre. Buenas noches, *mister* Van Bloeng. Y en cuanto… ¡cáscaras!… Perdónenme si les parezco brutal, señoritas. Pero ese viejo es intratable… y me temo que además… ¡es un asesino!

Las tres últimas palabras hicieron que tanto Trude como Mina se pusieran en pie con visible irritación.

—¡Calma! —ordenó Julius con la misma voz que empleaba para sus perros—. Dejad a ese aventurero que vierta su veneno…

—¿Veneno, sapo gordo? —acalorose Maloney, doblando el brazo en amago de golpe.

Mina abalanzóse interponiéndose entre Julius y el americano.

Ross Maloney encasquetóse la gorra, iracundo.

—¡Condenado sea yo! Vengo aquí a fabricar ron, ¡maldita sea!, no a discutir con viejos zorros criminales ni con mujeres.

—Sus acusaciones contra un anciano son odiosas —dijo Mina, colérica.

—¡*Abur*! Buenas noches… y recuerde, Van Bloeng, que tengo que llegar incólume a mi velero y fabricar ron sin peligro. Mi vida vale la de usted y sus negreros. ¿O es que se cree que me he tragado la píldora de Ranee y sus voluntarios trabajadores?

Salió Maloney dando un portazo que despertó a los dogos, que ladraron furiosos.

En varios saltos esquivó Maloney la cercanía de los perros. Con el dedo en el gatillo se dirigió hacia el embarcadero, andando curiosamente.

Imitaba al cangrejo a veces y otras culebreaba. Por fin saltó dentro de la canoa, presionó el contacto, mientras Tian quitaba la cuerda.

Cuando ya la canoa presentaba una estela de espumas a la factoría de Van Bloeng, Ross Maloney respiró, y para sí mismo murmuró:

—En el *poker*, los «faroles» valen. Pero, si vuelvo por aquí, será de veras que traeré sesenta de mis macacos con lacrimógenas…

***

Julius Van Bloeng adoptó un aire de resignado, cuando los pasos del americano se hubieron extinguido en la crujiente grava, que como precaución había ordenado extender el holandés alrededor de su «bungalow».

—No se podía esperar otra cosa de ese hombre. Lo siento, muchachas, pero Ross Maloney no es el capitán mercante que finge ser. Sólo un pirata

como él puede dirigir una tripulación exclusivamente compuesta por amarillos, cuyos yataganes y puñales demuestran a la legua su procedencia de los semilleros de Biass Bay. Pero… no os asustéis. Frederick Storm y mis hombres lo tendrán a raya. Y pronto vendrá mi barco.

—¿Y Karl? —inquirió Gertrude, temblorosa.

—No creo que le suceda nada… si no se arriesga demasiado por la costa oeste. Adviérteselo cuando regrese, Trude. Buenas noches, hijas mías.

Capítulo IV

SING RAJAH

Hubo una época en que el archipiélago malayo no reconocía más autoridad para dirimir sus propias querellas que el arbitraje del príncipe Raga, quien durante un largo período de tiempo dominó los estrechos de Macasa, entre Borneo y las Célebes, y era conocido en todas las Malayas como el «Príncipe de los Piratas».

Era notable por su astucia, inteligencia y barbarie; por la amplitud y audacia de sus empresas y por su desprecio a la vida humana. Su organización era muy temida y tenía espías en todas partes.

Era la época en que dos razas de piratas infestaban el gran grupo de islas comprendidas entre China y Australia: la raza malaya y la diaca.

Los malayos invadieron Borneo, estableciéndose allí y en las islas vecinas, siendo ya prácticos y entendidos en la piratería; pero la población diaca era hasta entonces meramente cazadora de cabezas, oficio particular de ellos.

Cada uno de los diacos en condiciones de «trabajar» coleccionaba cabezas humanas con tanta ansia como nuestros maniáticos modernos coleccionan autógrafos o sellos.

Y, al igual que los verdaderos coleccionistas, cada diaco trataba de aventajar a sus vecinos en el número y variedad de sus ejemplares. Pero las ventajas de la piratería en gran escala fueron apreciadas inmediatamente por los diacos, pues unía al provecho la oportunidad de coleccionar aun más cabezas.

Aunque el grueso de estos piratas residía en Borneo, muchos de ellos andaban desperdigados por las islas Zulú, que estaban entre el norte de Borneo, las Filipinas y los estrechos de las Molucas.

Si hemos de creer al «Diario» de William Dampier, parece evidente que la piratería se desarrolló tardíamente entre esta gente, pues no hace referencia alguna a ella cuando describe sus seis meses de permanencia entre los malayos ilanúes, tribu de las islas Zulú.

Dampier hace de ellos una descripción precisa y los califica de pueblo muy pacifico; sin embargo, cien años después de la visita de Dampier, estos

mismos ilanúes llegaron a ser tal vez los piratas más sanguinarios de todo el archipiélago.

Sus únicos rivales en ferocidad fueron los balanini, que habitaban también en algunas de las islas Zulú.

Ambas tribus eran de religión mahometana y no temían atacar a los barcos europeos. Su política era no conceder jamás cuartel a ningún blanco.

Estas tribus navegaban en embarcaciones que llamaban «prahus», que tenían más de noventa pies de largo y eran impulsadas por un doble juego de remos, manejados por cien o más indígenas.

A proa y popa, grandes cañones de bronce pertrechaban el barco, así como en los costados tenían gran número de cañones giratorios.

A lo largo de todo el barco, sobre los remeros, había una plataforma sobre la cual permanecían los guerreros durante el combate. Estos guerreros iban vestidos con túnicas escarlatas, con cota de malla y gran plumero en la cabeza.

Llevaban, además de las armas de fuego, una larga lanza, una pesada espada de dos manos y una daga. Una escuadra de éstas se componía de más de cien «prahus» de guerra, bajo el mando de un solo jefe.

El botín más apreciado por ellos eran los prisioneros, pues era lo más fácil de adquirir y de disponer. Los lanudos papúes de Nueva Guinea eran casi siempre los preferidos. Y gran número de ellos, particularmente mujeres y niños, eran de cuando en cuando capturados.

Había mercados especiales para toda clase de esclavos. Los papúes tenían siempre seguro comprador en el rajá de Achín; en cambio, los cautivos del sur de Borneo eran bien vendidos en Brunei; pero, entre todos los mercados, el más importante era el de la isla Sarangani, al sur de Mindanao,

Las muchachas más bonitas de todas las razas eran reservadas para el mercado de Batavia, donde eran vendidas a los colonos chinos, a quienes las leyes de su país no les permitían llevar consigo mujeres de China.

Fué en 1843 cuando el príncipe Raga empezó a operar en gran escala. Era jovencísimo, pues sólo contaba dieciséis años. En ese año capturó tres barcos ingleses y decapitó a los capitanes con su propia espada.

Inglaterra mandó dos corbetas para atraparlo, y los holandeses se aprestaron a ayudarles, pues Raga cometía toda clase de fechorías contra las posesiones holandesas en Batavia.

La expedición punitiva no procedió de acuerdo a un plan preconcebido. Los perseguidores se convirtieron durante un tiempo en los perseguidos.

A las tres en punto de una mañana brumosa, con una lluvia torrencial, el capitán de uno de los «prahus» avistó a una de las corbetas inglesas, la «Elk», que él tomó por un barco mercante, e inmediatamente se lanzó a capturarla.

Cuando se hallaban a unas doscientas yardas de la «Elk» los piratas dispararon una andanada, dieron sus gritos escalofriantes y con sus largos remos avanzaron rápidamente sobre la presa.

Pero muy tarde vieron su equivocación. Un tambor tocó órdenes, se

abrieron las bocas de las escotillas y los piratas recibieron en pleno una andanada acompañada de tres hurras ingleses.

Unos cuantos disparos más fueron suficientes para hundir el «prahu». Todos los de la tripulación, a excepción de cinco, fueron muertos o perecieron ahogados. Estos pocos supervivientes fueren recogidos por una embarcación nativa, después de haber estado flotando durante cuatro días agarrados a un mástil, y por ellos tuvo Raga noticias del desastre.

El jefe pirata juró entonces que aniquilaría a toda clase de europeos que cayeran en su poder y mantuvo fielmente su palabra hasta el fin de su larga existencia.

Llegó a apoderarse de más de cuarenta barcos europeos, cuyas tripulaciones pasó a cuchillo hasta el último hombre, reservándose al capitán en todos los casos, para darle muerte con sus propias manos.

Fué el amo y señor de todas las costas de las Célebes y tenía siempre de cincuenta a cien de sus «prahus» dispuestos a partir a la primera orden de mando.

En las cumbres de las montañas mantenía vigías que, al divisar cualquier embarcación, lo comunicaban en seguida por medio de banderas blancas durante el día y con luces por la noche.

En 1873, el príncipe Raga era el omnímodo rajá de las islas más peligrosas del archipiélago malayo…

Pero había ya un aventurero inglés, el famoso James Brook, que llegó a ser rajá de Sarawak, y que se dió cuenta de que no existía la menor esperanza de poner orden en Malasia mientras reinara la piratería en aquellas islas.

Así, pues, la primera tarea que se impuso fué la de exterminar aquella peste que hacía imposible todo comercio honrado y aun la misma agricultura.

Empezó por atacar las dos principales guaridas de los piratas sarebas, que anidaban en las riberas de los ríos Sareba y Sakkarrán.

Los piratas sarebas eran hombres de magnífica contextura, bien armados y compuestos en su mayoría por algunos miles de malayos y diacos.

James Brook, rajá de Sarawak, acompañado de un capitán holandés y seguido por una escuadra mixta de ingleses y malayos, navegó río arriba atacando y destruyendo todos los establecimientos piratas que hallaba a su paso.

El jefe de los sarebas opuso una tenaz resistencia, que ocasionó algunas muertes entre los holandeses e ingleses; pero la mayoría de los jefes lugareños se fueron sometiendo y juraron reformarse.

Organizóse después la expedición punitiva contra los sarrakanes. Éstos eran mucho, más numerosos que los sarebas; su flota de guerra consistía en ciento cincuenta «prahus», y su jefe, Seriff Sahib, era igualmente conocido por sus habilidades y crueldad.

La escuadra vengadora de James Brook y los holandeses salió de Sarawak en medio del estampido del cañón y los vítores de los nativos que vivían en las riberas de los ríos.

La flota constaba de una multitud heterogénea. En el puesto de honor figuraba el vapor inglés de ruedas «Phlegethon», seguido por el holandés «Dido», que iba acompañado a su vez por botes manejados por marineros, mientras que la retaguardia se componía de un gran contingente de «sampanes» y «prahus» abarrotados de montaraces y chillones sarawaks, para quienes la perspectiva de pillaje y posibles cabezas era irresistible.

Al día siguiente, la flota subió rápidamente por el río Batang Lupar, empujada por la pleamar, y ancló en las cercanías de Patusen, la fortaleza más importante de los sarrakanes.

Este puesto cayó inmediatamente en poder de los asaltantes, y el pueblo, bastante grande, fué saqueado y poco después incendiado totalmente.

La flota prosiguió río arriba e hizo lo mismo con otro pueblo más pequeño, guarida del rajá pirata Seriff Sahib.

En pocas horas las guaridas de cinco mil piratas sarrakanes fueron reducidas a escombros; cuatro poderosas fortalezas destruidas, junto con varios centenares de embarcaciones; más de sesenta cañones de bronce capturados, además de una inmensa cantidad de armas y municiones, y el poderoso Seriff Sahib, el gran señor sarrakán, quedó completamente arruinado y fué a esconderse entre la jungla, pereciendo de hambre y sed.

Pero quedaba el Príncipe de los Piratas: el rajá Raga, que a su odio contra los blancos, y en especial contra los holandeses, unió un fiero propósito de venganza contra los nativos que habían ayudado al rajá de Sarawak en su expedición punitiva.

Reunió una formidable flota de unos noventa «prahus», e irrumpió río Sadong arriba, arrasando todos los poblados que hallaba a su paso. Era la época de la cosecha, y los campesinos se hallaban ocupados en la faena.

Los invasores se aprovecharon de la soledad de las mujeres y niños, que fueron fácil presa de sus crímenes. Y por espacio de meses y meses, el príncipe Raga fué saqueando y asolando, sembrando el terror entre los sumisos nativos y los holandeses.

Por fin, el rajá Brook reunió la más poderosa flota sarawaka y mixta para terminar con el príncipe Raga. Las fuerzas estaban compuestas por el «brick» «Royalist», de la armada real; por el vapor «Nemesis», holandés, y por el «Albatros», falúa, pinaza y cúter de la armada sarawaka.

El propio rajá de Sarawak iba a bordó del más grande de sus «prahus» malayos, el «Dung-Dong», que tenía una tripulación de setenta hombres.

Otros dieciséis pequeños «prahus» formaban la flota, a la que más tarde se unieron varios jefes lugareños con sus hombres, de modo que la fuerza total de los nativos llegaba a cerca de setenta «prahus» de guerra, con tres mil quinientos hombres.

El vapor «Nemesis» remolcó las barcas europeas hasta la desembocadura del río Batang, siendo seguidos por la flota nativa.

Por noticias arrancadas a un prisionero supieron que la gran escuadra del príncipe Raga se había hecho a la mar pocas horas antes de la llegada de las

fuerzas del rajá Brook, e inmediatamente se dieron órdenes para preparar una celada al regreso del enemigo.

Durante tres días las fuerzas sarawakas estuvieron esperando a sus víctimas. Eran los preparativos del combate final entre los poderosos enemigos, príncipe Raga y rajá Brook.

Este fué recibiendo noticias del enemigo; supo que la flota se componía de ciento cincuenta «prahus» bien pertrechados de mosquetes y que algunos llevaban gran número de cañones de bronce.

Pocos eran los «prahus» que conducían menos de treinta guerreros; otros, por el contrario, llevaban más de setenta. Nuevas noticias se iban recibiendo de los espías, que aseguraban que el enemigo estaba saqueando los ríos de la parte norte y que entre sus presas había dos barcos mercantes de Singapur, que los piratas habían saqueado y luego quemado.

Llegó también la noticia de que los piratas de Raga se habían enterado de que el rajá blanco había ido a buscarlos y regresaban presurosos a sus guaridas, ignorando que allí los esperaban.

Hacia el atardecer un bote de vigilancia vino con la noticia, agradable después de tres días de espera, de que la flota de Raga se aproximaba en dos grupos.

Media hora después un cohete anunció la proximidad de la flota enemiga, y era fácil percibir el chasquido de los remos, aunque era casi imposible verles a causa de la oscuridad de la noche.

De pronto, el «prahu» que iba a la cabeza divisó el vapor, y los piratas, viendo el peligro que sobre ellos se cernía, tocaron el gongo, convocando el Consejo de Jefes, bajo el mando del príncipe Raga.

Al sonar el gongo se hizo Un profundo silencio y ningún ruido se dejó escuchar en aquella negra noche tropical.

Súbitamente se oyó un alarido de desafío, que significaba para propios y extraños que el príncipe Raga había decidido dar la batalla.

Pero era ya demasiado tarde. El rajá Brook había atrapado al enemigo en una magnifica y poderosa red. Su flotilla de cuters y «prahus», dispuestos en un gran semicírculo, abarcaba unas ocho millas en sus extremos.

Tras el centro del semicírculo quedaba la boca del río Sareba, adonde se dirigía presuroso el enemigo. Casi en seguida sonó una descarga de mosquetería, cuando el «prahu» que iba a la cabeza entró en contacto con la flotilla de barcas, y los piratas quedaron tan aterrorizados y aturdidos que no sabían hacia qué lado disparar:

Unas ochentas de sus embarcaciones fueron rápidamente varadas, mientras que el resto se hizo rápidamente a la mar. Diecisiete de los «prahus» más grandes trataron de pasar arrimándose al vapor; pero fueron todos destruidos.

La nerviosidad producida por el ruido de las descargas de los cañones y otras armas de fuego, los relámpagos de las bocas de los barcos, las luces azules encendidas en las embarcaciones para distinguirlas de las de los

enemigos, el brillo de los cohetes en el aire, los alaridos de guerra de los combatientes de ambos lados eran centuplicados por la oscuridad y por la gran extensión del campo de batalla, pues los combatientes se hallaban diseminados en un frente no menor de diez millas.

Cuando, por fin, hubo despuntado la aurora, se hizo patente el desastre total de las fuerzas del príncipe Raga.

Sobre la playa yacían abandonados unos sesenta «prahus» y los restos de una gran flota pirata, mientras que barcos que habían zozobrado eran traídos y llevados por la marea. Pronto fueron capturados otros ochenta «prahus», muchos de ellos de ochenta pies de largo.

El total de muertos de los piratas no se supo nunca. No hubo prisioneros porque los hombres del príncipe Raga, al ser heridos y caer al agua, quedabansé en ella con la daga en una mano y el escudo en la otra, y todo intentó que se hacía para impedir que se ahogaran encontraba resistencia armada, que fué la que ocasionó la mayoría de las heridas en las tropas del rajá.

Si los vencedores se hubieran contentado con este éxito y hubieran regresado a sus bases, sin duda alguna que los piratas antes de mucho se habrían repuesto y curado de su desastre. Pero esta vez Brook, que daba por muerto en el combate al príncipe Raga, se había propuesto limpiar para siempre sus dominios de piratas.

Después de dos días de persecuciones por la selva y de destruir los «prahus» que no eran necesarios, la expedición emprendió la marcha río arriba, seguida por varios centenares de embarcaciones nativas.

Las tripulaciones de éstas tenían tantas ansias de saqueo, que costaba mucho trabajo detenerlas. Cada una o dos millas la marcha era interrumpida por árboles recientemente cortados, echados a la corriente atados con bejucos; los cuales tenían que ser desligados y apartados a fin de que pudiesen pasar los botes.

Todo nativo que ofrecía resistencia era muerto, y a los que huían se les quemaba la casa. En la mayoría de ellas se encontraban trofeos de cabezas humanas, muchas de ellas recién adquiridas.

El ascenso por el río tomó pronto el aspecto de un avance triunfal, pues de la selva y por ambas orillas venían los rajás y jefes lugareños a rendir homenaje y sumisión al rajá blanco, ofreciéndole toda clase de seguridades y buenas intenciones para el futuro.

Muchos de los piratas qué se sometían eran magníficos ejemplares de la raza diaca; tenían el cabello negro y largo y un gran número de anillos de bronce pendiendo de las orejas, así como también en brazos y piernas, y que indicaban la muy conocida advertencia de las costas de Borneo: «diaco con muchos anillos y colmillos de tiburón, es pirata y cortador de cabezas».

El 24 de agosto de 1886 los conquistadores llegaron de regreso a Sarawak, después de haber limpiado para siempre la piratería en gran escala del archipiélago malayo.

Pero el príncipe Raga no había muerto. Malherido logró, ayudado por dos de sus hombres, llegar a una de las islas del inmenso dédalo, en la que moraba su numerosa familia y su hijo predilecto: Sing Rajah, el león heredero.

Murió maldiciendo de los blancos y haciendo jurar a su favorita diaca, madre de Sing Rajah, que éste vengaría su muerte en cuanto blanco hallase.

Sing Rajah tenía entonces tan sólo tres años. A medida que iba creciendo, aumentaba a su alrededor la cantinela de los viejos diacos, cortadores de cabezas, recordándole la muerte de su padre el Príncipe de los Piratas.

Cambiaban con frecuencia de islas, para huir de la persecución fiscal de los barcos holandeses e ingleses.

Y Sing Rajah adquirió pronto el apodo de «Tiburón Malayo», porque sus apariciones por posesiones blancas eran rápidas y extremadamente crueles.

Cuantos esfuerzos hacían los patrulleros navales para dar con sus escondrijos eran inútiles, porque Sing Rajah imitó a su padre, y montaba un servicio de espionaje perfecto aunque primitivo.

Gigantesco y de aparatosa y bronceada musculatura. Sing Rajah llevaba una profusión de anillos que denotaba su ascendencia diaca, y al cuello colgábase un extraño collar formado de colmillos de tiburón.

A fines de la primavera del año 1921; Sing Rajah, siempre huyendo de ser capturado por los holandeses, cambiaba con frecuencia de guarida.

Hallábase ahora en la plenitud de su fortaleza física, y cuantas mujeres indígenas, de la raza que fueran, veían al jefe malayo estaban dispuestas a ser una más de las numerosas esposas de Sing Rajah.



Permanecían despiertos y en centinela…

Cubría desde su cintura hasta medio muslo con una piel de leopardo, y por única arma llevaba el «kriss», la larga daga en forma de serpiente.

Por flotilla tenía tan sólo tres pequeños «prahus» de escasa quilla, con los que efectuaba sus rápidas incursiones silenciosas. Su método combativo era sencillo: acostumbrados sus diacos a navegar silenciosamente, aprovechaba las noches sin luna, y bien informado de las fuerzas del lugar que pensaba atacar, ataba a sus prisioneros a postes, para que presenciaran el incendio que aureolaría sus degollamientos.

Volvía a marcharse al amanecer hacia uno de sus escondrijos secretos. Y por una tarde idílica; en la que desde lo alto de una cascada Sing Rajah saltaba al agua, complaciéndose en oír los grititos de admiración de las indígenas que,

desnudas, nadaban en la gran laguna central de un atolón perdido en el inmenso archipiélago, uno de sus sesenta diacos vino a advertirle que un malayo de la tribu de Ranee, exhausto por un largo viaje y hambriento, venía a comunicarle informes de la isla de Pettigrew.

Sing Rajah oyó las largas lamentaciones del malayo, y poco después sus tres «prahus» deslizábanse por la quieta superficie del mar hacía la isla donde quince blancos, dirigidos por un cruel y sanguinario holandés, habían esclavizado a los malayos de Ranee.

Para el «Tiburón Malayo» había un botín sabroso: dos mujeres blancas, jóvenes y hermosas, y armas de fuego modernas.

El evadido había informado meticulosamente, y cada uno de los tres «prahus» tenía su misión bien señalada: veinte diacos desembarcarían media milla al norte de la bahía del embarcadero, con la misión de incendiar el cañaveral, mientras los otros cuarenta, al mando de Sing Rajah, desembarcarían una milla al sur, para apoderarse de las armas, apresar a los blancos y atarlos a los postes de suplicio.

Sing Rajah se reservaba la misión de apresar a las dos blancas y dar muerte con sus propias manos al jefe blanco…

Capítulo V

EL LICORERO

Por espacio de tres días, a raíz de su visita nocturna al «bungalow» de los Van Bloeng, dedicóse Ross Maloney exclusivamente al acondicionamiento de la instalación de sus hombres.

Dividió a la tripulación en dos grupos: treinta permanecieron a bordo del velero anclado y los restantes sesenta durante tres días trabajaron incansablemente.

Las lanchas iban y venían del velero a la playa, y cerca de la laguna fueron erigiéndose los cobertizos para almacenar la caña cortada, y el lugar donde Chui-Apoo, el mestizo destilador, fué colocando sus alambiques, retortas y hornillos.

Pero hubo una construcción que no entraba en los primeros cálculos de Ross Maloney antes de desembarcar por vez primera en la isla.

Era una ancha empalizada de maderos, cuyas fachadas más largas daban frente al mar y frente al cañaveral.

En el interior de aquel rectángulo hizo colocar Maloney la ametralladora y dos cajas blindadas. Por la noche allí dormían los sesenta trabajadores, menos diez de ellos que por turnos de tres horas permanecían despiertos y en centinela.

Fueron tres días en que nadie de la factoría Van Bloeng apareció por la laguna oeste, y el cuarto día, mientras sus hombres, extendidos en amplia fila,

iban abriéndose paso por el cañaveral, empleando sus yataganes a modo de hoz, Ross Maloney presenciaba la faena…

Llevaba ante el pecho su fusil ametrallador…

***

Gertrude, transida de dolor, manifestó al segundo día de la desaparición de su esposo Karl que ella misma, en compañía de varios vigilantes, registraría palmo a palmo el extenso cañaveral, por si algún accidente le había sucedido.

Pareció humanizarse un poco Julius Van Bloeng al replicar que posiblemente Karl regresaría impensadamente y cuando menos se le esperase.

Mina hizo notar que en aquella isla no era fácil que un hombre como Karl se perdiera, a menos de que…

Aguardó a terminar su frase a que saliera de la terraza Trude.

—…a menos de que le haya sucedido un accidente que le imposibilite el regreso,

—No hay que pensar en tales cosas, Mina —dijo, siempre con sequedad, el viejo holandés. Y añadió taimadamente—: ¿Qué podría haberle ocurrido a Karl?

—Tú mismo dijiste que había tenido un incidente con el americano, y tú mismo reconociste que este americano de rojos cabellos es capaz de cualquier acto violento.

—No te negaré que empieza a preocuparme la ausencia prolongada de Karl. Pero confío en que todo tendrá una explicación normal.

En la noche del tercer día de la desaparición de Karl Van Bloeng, su esposa regresó de la larga expedición de registro del cañaveral. Venía sumida en un marasmo de debilitada tristeza.

Incapaz de pronunciar una sola palabra, tendióse encima de su camastro, llorando.

Fué Frederick Storm, el jefe capataz, quien informó a Julius Van Bloeng en presencia de Mina. Y aunque lo que iba diciendo era repetición de cuanto le había dictado a solas Julius Van Bloeng, supo dar a sus palabras una expresión de sinceridad e indignada repulsa.

—*Mistress* Van Bloeng ha hallado un rastro de sangre entre el cañaveral. Junto a la sangre estaba el «salakoff» del señor Karl. No se halló el cadáver…

—¡No seas estúpido, Storm! —atajó Julius—. ¿Qué cadáver? Karl pudo tan sólo ser herido o la sangre puede ser producto de rasguños andando entre las cañas.

—Lo siento, señor. Pero el rastro conducía hacia la playa donde se ha instalado el americano. No tengo la menor duda de que el pirata americano ha dado muerte al señorito Karl, arrojando su cadáver al mar.

Mina Van Bloeng se levantó en silencio. Pasó la noche tratando en vano de consolar a su cuñada.

Al amanecer, sin haber dormido, abandonó el «bungalow». Julius Van

Bloeng notó la desaparición de uno de sus revólveres colgados de la pared del salón del «bungalow»…

***

Ross Maloney, al acercarse el crepúsculo, dió la orden de suspender el trabajo. Sus hombres fueron encaminándose hacia la empalizada, y él quedóse observando el cañaveral.

Percibía un susurro entremezclado por crujidos que le denotaban que alguien avanzaba por el tupido bosque de juncos…

Ocultóse tras un montón de caña apilada, y vió aparecer a Mina Van Bloeng. Vestía incongruentemente para aquella excursión: no sólo su vestido de seda estampada estaba desgarrado por muchos sitios, sino que improcedentemente llevaba un bolso.

Ross Maloney salió de detrás del hacinamiento de cañas, y sus zapatillas de tenis no advirtieron a la holandesa de que él se acercaba.

Mina Van Bloeng volvióse como si hubiese recibido un golpe cuando, a sus espaldas, resonó la voz del americano:

—Buenas tardes, *miss* Van Bloeng. ¿De paseo?

Ella le miró hondamente, agrandados sus ojos por profundas ojeras. Al prolongarse el silencio hostil con que ella le observaba, Ross Maloney pensó que debía excusarse:

—No me guarde rencor por mi comportamiento aquella noche, *miss* Van Bloeng. Yo tenía que hablar como hablé, y mis razones tenía. Lo siento por el viejo… por *mister* Van Bloeng… No por él, quiero decir, sino por usted… En fin, no me mire así, porque me hace tartamudear. Yo… no quiero enemistad con mujeres…

—Frederick Storm, la noche en que usted llegó, oyó cómo un chino le llamaba a usted capitán Pantera. Dice Frederick Storm que el chino era un viejo pirata, y sólo los piratas designan con apodos tales como el de Pantera a los jefes marinos blancos que les acaudillan.

Rascóse Maloney la sien, en ademán pensativo.

—¿Usted lleva mucho tiempo residiendo en estos parajes, señorita?

—Hace dos meses estaba en Amsterdam. Vivía tranquila. Vine llamada por mi abuelo, y éste es mi primer viaje al Asia.

—Entonces, habrá muchas cosas que no podrá comprender. Una de ellas, la de que yo tenga un velero tripulado por noventa chinos.

—¡Noventa piratas!

—Lo eran. Ya no lo son. Ahora se dedican a cortar caña, y yo soy un licorero. Eso es. Soy un licorero y nada más.

—¿Reconoce entonces que se ha dedicado a la piratería?

—Bueno. Eso nada tiene que ver con Pettigrew y el azúcar. Por cierto, señorita, que para andar por los cañaverales no debería emplear estos vestidos, porque…

—¿Dónde está Karl, mi hermano?

El rápido crepúsculo iba ensombreciendo los contornos de la laguna.

—Eso pregúnteselo al viejo…

El movimiento de Mina fué veloz. Hurgó en el cierre de su bolso, y su diestra apareció empuñando un revólver, que disparó contra Maloney.

El americano reaccionó con la misma velocidad, porque el bolso le había llamado la atención desde el primer instante en que vió a la holandesa.

No era un artículo propio para una excursión por el cañaveral. Y mientras cerca de ella le hablaba había podido comprobar la extraña configuración de un objeto sólido que deformaba la piel del adminículo elegante para una calle de Amsterdam, pero absurdo en la isla de Pettigrew.

La descarga se perdió en el aire, y la muñeca de Mina, aprisionada entre los dedos de Maloney, crujió… Entreabrió ella la mano al reflejo del dolor y chilló, perdido su dominio de los nervios:

—¡Bruto asesino!

El revólver cayó al suelo, y encima de él colocó Maloney uno de sus pies. Soltó entonces la muñeca femenina, palpando rápidamente el bolso por el exterior, comprobando que estaba vacío de toda arma.

—Verdaderamente lamento lo sucedido, Mina Van Bloeng —dijo enrojeciendo hasta la raíz de sus cabellas—. No acostumbro a poner la mano encima de ninguna mujer… pero, claro, era preferible evitar que me taladrase usted. Más tarde lo hubiese lamentado… y yo el primero.

—¡Bruto asesino! —repitió ella, sollozando nerviosamente.

—Vamos, vamos, muchacha —dijo él, cohibido—. No se eche a llorar, que ningún mal le ha de ocurrir. Yo… pues, yo soy un licorero.

—¡Usted mató a Karl!

—¡Cáscaras! ¿Era por eso que me quiso rellenar de plomo? Yo creí que usted, suponiendo que yo pensaba hacerle algún daño al viejo…

—¡No finja ser un muchacho atolondrado! ¡Usted es un asesino!

—Oiga, hermana. Empiezo ya a amoscarme. No hace más que cubrirme de improperios y… ¡cáscaras!, estoy ya harto. ¡Venga conmigo!

Mina Van Bloeng, al ver la patente irritación del americano, retrocedió angustiada.

Bruscamente, avanzó Maloney.

—¿Dónde… dónde tengo que ir?

—Ya lo verá. A bordo se lo explicaré.

—¡No!… Yo no quiero…

—Escuche, hermana. No me obligue a que llame a dos o tres amarillos que la empaquetarán como un salchichón y por la fuerza la harán subir a mi velero en hombros. Sígame sin respingar… y si después no retira cuanto me ha dicho, me como la gorra.

La asió de la mano y, sin delicadeza alguna, la llevó, casi a rastras, hasta la canoa automóvil. Le levantó en brazos, obligándola a sentarse en el banco junto al motor.

—Y no intente escapar, porque entonces quizá me olvide que soy licorero

y le enseñe los dientes.

Cuando la canoa, entre petardeos, se dirigía al velero. Mina se deslizó hacia un lado, dispuesta a lanzarse al agua.

La mano zurda de Maloney la asió por el largo cabello.

—¡Suélteme! —gritó ella, despavorida, arañando la mano y el antebrazo izquierdo del marino.

—¡Condenada gata holandesa! —gruñó él—. ¡Rayos y centellas! Si se mueve la ahorco al pisar el velero.

Siguió manteniéndola por el cabello, hasta que dificultosamente logró detener la canoa junto al costado del velero, donde pendía la escala flexible.

Dos tripulantes se encargaron de sujetar la canoa, mientras Maloney, cogiendo en brazos a la desmelenada holandesa, subía con ella por la escala.

La soltó al pisar la cubierta, pero aplicó su diestra en la nuca de ella.

—Siga la dirección que le indico —advirtió, empujándola, mientras se lamía los arañazos de su antebrazo izquierdo. ¿No quería un pirata terror de doncellas desvalidas? Alégrese, que va lo encontró. ¡Avante y proa al centro!

Entró Mina en un camarote, iluminado por un foco… Y de pronto, con un grito de angustia, abalanzóse de rodillas junto a una litera en la que, pálido y con apariencia de cadáver, Karl Van Bloeng estaba tendido y sin movimiento.

—¡Karl! ¡Karl! —sollozó ella, acongojada.

—¡Cáspita! ¡No chille tanto! —rezongó Maloney desde el umbral—. Karl la oye perfectamente…

El aludido ladeó la cabeza, intentando fijar sus pupilas en la arrodillada. Sonrió con esfuerzo.

—No llores, Mina —murmuró con voz débil—. *Mister* Maloney evitó que me desangrara en el cañaveral. Un disparo le llamó la atención, y orientándose por el eco consiguió hallarme…

—Pero… ¿quién te hirió, Karl? —suplicó ella, acariciando el hombro vendado de su hermano.

—El viejo —dijo, desde la puerta, Maloney—. Sí, el viejo, que es un asesinó repugnante. Lo hizo para evitar que Karl le denunciase, como éste cometió la imprudencia de advertirle…

—Pero… ¡si Frederick Storm juró que era usted quien…! —exclamó ella incrédula.

—¿Ah, sí? ¡Hombre! Esta noche iré a visitar a Storm. Pero ahora entiéndaselas con Karl. Él le explicará lo sucedido.

—Julius Van Bloeng es un criminal, Mina… Tiene esclavizados a los malayos de la isla… Mató él mismo a uno… Hizo atormentar a otro…

—¿Por qué no nos explicaste todo eso a Trude y a mí?

—No quería alarmaros…

—¿Es grave tu herida, Karl? Me había olvidado de…

—Yo le saqué el plomo a tiempo. Una bala de rifle —explicó Maloney, a espaldas de Mina—. Fué milagro que no «cascara»… Eso, perdón… Quise decir que ha sido verdaderamente asombroso que Karl resistiera el topetazo de

la descarga en pleno pecho…

—Gracias que usted intervino, *mister* Maloney. Yo le debo la vida, porque si usted…

—Bueno, voy a tomar un poco de aire fresco —dijo Maloney, desapareciendo precipitadamente.

Mina sentóse en el reborde del camastro, abrazándose a su hermano, que gimió dolorido.

Ella incorporóse alarmada, sonriendo entre lágrimas,

—¿No hay peligro ya, Karl?

—No. *Mister* Maloney me cura como el mejor de los médicos. Es algo brutal…

—Sí; ya me he dado cuenta…

—Pero es el mejor de los hombres. Yo quisiera ser como él. Valiente, decidido y campechano… Detesta los elogios, y sus chinos le adoran como a un ídolo… Le llaman capitán Pantera…

—Pero, ¿por qué no enviaste un aviso para tranquilizarnos a la pobre Trude y a mí?

—Hasta ayer no recuperé el sentido. En mi delirio lo conté todo. Y Ross Maloney decidió que no debía decir nada hasta que vosotras dos tomarais pasaje en el «cargo» que ha de venir dentro de diez días. Una vez en Batavia, y con la acusación que yo habría escrito y que Maloney os hubiese entregado al momento de zarpar por cualquier método discreto, entonces… las autoridades europeas habrían venido a detener a Julius Van Bloeng… que es un negrero asesino… Yo seguiré aquí, Mina. No digas nada a Julius… Te mataría… y a mi pobre Trude… A ella sí, consuélala. Dile que estoy sano y salvo… Pero que finja pena… Os va en ello la vida.

—No sé si podré contenerme, Karl. Ni tampoco creo a Trude capaz de fingir delante del que es tu asesino… Aguárdame unos instantes. Voy a hablar con Ross Maloney. Vuelvo en seguida.

Ross Maloney, sentado encima de un rollo de cuerdas bajo una linterna azul, se puso en pie al divisar a la holandesa.

—¿Qué? ¿Me como la gorra?

—Le debo la vida de mi hermano, *mister* Maloney.

—Menos «*mister*». Llámeme Ross a secas. Somos más o menos de la misma edad, muchacha.

—Usted es el americano tal como siempre me lo figuré, Ross.

—No sé si es elogio o censura. Pero no crea que los paisanos míos son tan bastos y torpes… Usted sí que es una holandesita de cromo. Rubia como un rayo de sol y blanca como la leche de almendras. Con zuecos, cofia, encajes y patinando debe estar usted graciosísima, ¿eh?

—Retiro cuanto dije estúpidamente, Ross.

—¡Bah! Era natural… Usted no entiende ni jota de lo complicado que es tratar de vivir decentemente por estos sitios. Vea si no. Vengo creyéndome que en Pettigrew estaré solo, como licorero… y ya había dogos, negreros y,

felizmente, dos mujercitas bonitas que pondrán fin a esta competencia. Sí, sí… Ustedes dos, cuando se larguen a Batavia y denuncien al viejo asesino, pues me habrán suprimido un competidor.

—A propósito de esto quería hablarle, Ross. Usted tiene un barco. ¿Por qué esperar a que venga el «cargo»? Llévenos a mí, a Karl y a Trude hasta una isla gobernada por europeos…

—No. Ni hablar del asunto. Yo soy un licorero, y me he gastado dinero en esta instalación. Si la abandonase ahora, esos condenados holandeses… Dueño, pues ellos se aprovecharían de mi ausencia.

—¿Y si yo se lo suplicase con todo mi corazón?

—Con todo mi corazón le replicaría yo que primero son los negocios, y luego las filantropías. Además, que no hay razón urgente. Karl se mejorará a mi bordo. Se sopla ya caldos de gallina y se atiza cada trago de jugo de arroz que parece un camión en un puesto de gasolina. O sea que no se preocupe por él…

—Es que me temo que no podré disimular delante de Julius Van Bloeng. Y tendré que decirle lo sucedido a Trude, para tranquilizarla. Y esas mujercitas como Trude, siempre tan modosas y tranquilas, son capaces de todo cuando…

—¡Valiente afán de complicar las cosas! Basta que se mezclen mujeres para que…

—Recuerde lo que dice el poeta: «La mujer es el ángel para el hombre».

—Ese era el poeta que estaba encerrado en un sanatorio mental. Porque el que andaba por la calle dijo: «La mujer es un diablo entrometido». Bueno, pero no nos extraviemos. Al grano. Vuelva usted a su «bungalow». No le diga nada a Julius, porque entonces Trude y usted, creo yo, servirían de picadillo para los dogos.

—Yo había confiado en que usted consintiera en llevarnos a los tres lejos de Pettigrew.

—Mal hecho. Yo, ante todo, soy…

—Ya sé —replicó ella sonriendo—. Usted es un licorero. ¡Dios le bendiga!

Desapareció hacia el camarote y poco después volvía.

—Cuando quiera, Ross Maloney, puede llevarme a tierra. No hará falta que me estire de los cabellos.

—Bien que me arañó usted…

—Me llamó condenada gata holandesa…

Rieron ambos alegremente. Eran dos temperamentos juveniles, sin malicia.

Pero para la hermosa holandesa, habituada al homenaje de los hombres, existía un cierto agravio en la actitud de camaradería con que el americano volvió a levantarla en brazos, descendiendo la escala hacia la canoa.

—¿Su esposa no siente angustia por su ausencia, Ross Maloney?

—Ninguna. Está muy tranquila —dijo él, depositándola en el banco.

—Entonces… ¿es que no se quieren ustedes? Perdone si soy indiscreta, pero yo acompañaría a mi marido.

—¿Y el suyo por qué no la acompaña?

—Por la sencilla razón de que soy soltera.

—La misma razón por la que mi esposa no me acompaña; ella sigue siendo soltera y yo también.

—Bien, aunque sólo sea su novia no debería…

Puso Maloney el motor en marcha. Guiñó un ojo, ademán que fué visible en la oscuridad porque estaba iluminado por la linterna.

—No tengo novia. Ya le dije antes que primero son los negocios y después las filantropías.

—¿Sabe usted lo que es la filantropía? —preguntó ella a gritos para dominar el estruendo del motor.

Se puso en pie, acercándose al volante, y se sujetó en el hombro del americano para no perder el equilibrio.

—Supongo que es perder el tiempo dedicándose a complicarse la vida en obras de ningún provecho. Y sería una gran filántropa la que se casase conmigo, mientras yo no tenga un par de millones para mantenerla.

—Muy americano este concepto del amor… Horriblemente prosaico.

La ayudó él a bajar, y ella señaló el cañaveral al ver que él, tocándose la visera, quedábase junto a la canoa, apoyado en su proa.

—¿Pero no pretenderá que vaya sola durante más de media noche?

—Un paseo por las cañas dulces no tiene ningún peligro. No puedo acompañarla, Mina, porque no me fío del viejo y sus sabuesos. Tengo que estar aquí… Y allá por la madrugada quizá visite a Frederick Storm. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo ella secamente, empezando a andar.

Pero arrepintióse de su brusquedad y, dando media vuelta, añadió:

—Vendré de cuando en cuando a visitarte, Ross. Y en nombre de Trude le repito mi agradecí…

—Ahueque, Mina —atajó él—. Si continúa aquí, al resplandor de la luna, me voy a sentir galante… y no me conviene, porque ante todo soy…

—Un licorero. Hasta la vista, mi buen amigo. Felices sueños.

—«Okey». Me la figuraré con zuecos y patinando. *¡Abur!*

Estaba ya ella en la linde del cañaveral cuando Maloney gritó:

—Recoja su cañón, Mina… Le servirá de compañía contra los fantasmas de los juncos meciéndose a su alrededor…

Poco después, en el camarote, Ross Maloney colocó su diestra en la frente de Karl Van Bloeng.

—Eso marcha, ¿no, Karl? La hermanita se fué contenta… Oiga, su hermana es un rato guapa, ¿eh?

—Se alegrará más ella si se lo dice usted personalmente, *mister* Maloney.

—¡Oh! Yo… Vaya, fué un comentario tan natural como cuando veo una puesta de sol en el mar. Para mí, por ahora, la mujer más guapa del mundo es

como una puesta de sol lejana… Bueno, eso es poesía. ¡Vamos a tragar algo! Comiendo desaparecen los romanticismos. Buena carne, buenos guisos… y habría menos poetas, ¿no es así, Karl?

Karl Van Bloeng tendió su diestra.

—Quiero estrechar su mano, Maloney. Después de estos horribles días, oírle hablar me reconforta. Es usted un hombre leal, honrado y digno de toda admiración.

—¿Sigue el delirio, holandés?

Y la carcajada estentórea del americano, mientras estrechaba la diestra del herido, resonó jovialmente en el camarote.

Capítulo VI

EL VERDADERO TIBURON MALAYO

Los tres «prahus» deslizábanse cautelosamente por el lindero de la costa este de la isla de Pettigrew.

Remaban diestramente y los largos palos entraban en el agua con suavidad, para ser impulsados con vigor y volver a salir sin apenas salpicar.

Desembarcaron primero los que tenían el cometido de incendiar el cañaveral, y Sing Rajah varió sobre el terreno su plan de ataque. Decidió desembarcar también, para evitar el ser visto por la factoría, ya que la luna rielaba sobre el mar.

Se puso al frente de sus cuarenta diacos, y cuando distaban apenas un centenar de metros de la factoría, tendiéronse todos en el suelo, empezando un avance sinuoso a modo de gigantescos reptiles.

Llevaban entre los dientes «kriss» malayo, y, ayudándose con manos y rodillas, en lento y progresivo avance, fueron aproximándose al caserón de los capataces.

Alzó Sing Rajah la diestra, deteniéndose. Era la señal para que empezase el silencioso ataque,

Una treintena de diacos fueron arrastrándose hacia las tres ametralladoras que daban frente a las chozas ocupadas por los malayos.

Junto a ellas, tres holandeses sentados en mecedora, conversaban estólidemente.

En el interior del caserón, los restantes capataces y vigilantes cenaban, presididos por Julius Van Bloeng.

Seis sombras parecieron surgir del suelo, y con felino salto rodearon entre sus brazos los cuellos de los tres centinelas.

Los apagados estertores de los que forcejeaban intentando llevar sus manos al cinturón-revólver quedaron apagados, y sus intentos fueron vanos, porque el «kriss» hundióse en sus pechos.

El mismo «kriss», rezumando sangre, cortó limpiamente los cuellos de

los tres holandeses, y los diacos obtuvieron su primera recompensa, colgando de sus taparrabos las cabezas sangrientas, boquiabiertas en el agónico estertor de la sorpresa mortal…

El resto de las sombras rodeó el caserón.

Estalló de pronto una serie de ladridos. Los dos dogos iniciaban la alarma. Ladraban furiosamente, hasta que enmudecieron al hacer presa en gargantas humanas.

Julius Van Bloeng, al frente de los doce holandeses, salió al exterior con los rifles dispuestos, escudriñando las sombras.

Una avalancha humana precipitóse encima de los vigilantes comensales. Los disparos primeros derribaron a varios diacos, pero tras un rápido combate, Julius Van Bloeng y sus hombres fueron arrastrados brutalmente por los diacos, que, aullando con salvaje frenesí, se dedicaron a atarlos en maderos.

Sing Rajah, al iniciarse el ataque de los seis diacos contra los tres centinelas, deslizóse hacia el «bungalow».

***

Gertrude, cuando al anochecer no había regresado aún su cuñada, empezó a despertarse del marasmo en que la había sumido los recientes acontecimientos.

Iba a vestirse, dispuesta a dirigirse hacia la Costa donde se hallaba el americano, pero antes decidió dejar una nota para Julius Van Bloeng explicándole su propósito.

Vestida tan sólo con un salto de cama, sentóse ante la mesita en que Karl Van Bloeng solía escribir su «Diario».

Cogió la pluma, e iba a escribir cuando unos furiosos ladridos la hicieron quedarse estática.

De pronto, con un estremecimiento de horror advirtió que en el halo de luz que proyectaba su lámpara de mesa, un brazo musculado avanzaba asiéndola por la muñeca.

La repentina y brusca aparición del coloso de negros cabellos ensortijados y aceitosos, de faz achatada donde los ojos brillaban intensamente crueles, y cuya semidesnudez resaltaba selvática y poderosa, coincidiendo con el chasquido de varios disparos de rifle allá en los caserones, produjeron en Gertrude un violento choque emocional.

Su organismo debilitado por la sucesiva serie de impresiones recibidas desde su salida de Amsterdam, no resistió al profundo terror que la presencia de Sing Rajah levantó en su ánimo.

Con la nuca reclinada hacia atrás, desmadejada, hubiese caído al suelo, privada de sentido, a no ser por la sujeción que en su muñeca ejercía la mano de Sing Rajah.

El hijo del Príncipe de los Piratas pasó su brazo izquierdo bajo el redondo talle de la desvanecida y su alta figura abandonó el «bungalow».

Llevaba a la inerte holandesa colgando como una muñeca de trapo de su

brazo izquierdo.

El fuego que crepitaba furiosamente en los cañaverales iluminaba, agrandándolas, las siluetas de los doce holandeses, que atados a los postes suscitaban en los diacos un resurgir libre de sus instintos primitivos y salvajes.

Un frenesí de energúmenos sin trabas se manifestaba en los diacos, que lo demostraban con la danza ancestral en la cual, a los saltos escalofriantes y a las onomatopeyas que rugían en gritos delirantes, unían amagos de golpes con sus «kriss», imitando el ademán con que se cercenan las cabezas.

Sing Rajah se detuvo ante el prisionero de cabellos enteramente blancos y arrojó a sus pies a la desvanecida Gertrude.

A continuación desenvainó su «kriss» y fué, entre sus hombres, el más veloz saltarín y el más impresionante de los salvajes en la feroz danza preliminar al sacrificio.

El fuego, en grandes llamas devoradoras, iba consumiendo las cañas, que, al quebrarse, multiplicaban con estallidos semejantes a ruidosos petardeos el voraz y estrepitoso incendio.

***

Ross Maloney efectuaba una quieta digestión paseando a largas zancadas reposadas, por la cubierta del «Panther».

Planeaba una «operación comercial»: apresar a Julius Van Bloeng y a sus negreros, y bajo la acusación del asesinato de un malayo de la isla, intento de asesinato en la persona de Karl Van Bloeng, y esclavización, por la fuerza de los isleños, trasladarlos a una isla de mandato europeo.

Era labor justiciera… y a la vez le permitiría el usufructo total de la riqueza en azúcar que contenían las cañas sobre las que ahora posó la vista.

Contrajo las pupilas, acercándose más a la borda: unos puntos luminosos acababan de encenderse a oeste y este de la gran franja del cañaveral.

Pensó en alguna señal de los holandeses, convenida con algún barco de la compañía «Van Bloeng».

Pero aumentó su perplejidad al ver que en el centro del cañaveral también aparecía una luz roja.

Descendió apresuradamente los escalones que al costado del velero conducían a la canoa automóvil, que puso en marcha de un manotazo, hasta detenerla junto a la roca que a ras de la playa le servía de embarcadero.

Saltó al suelo corriendo hacia la empalizada donde dormían los sesenta tripulantes de servicio en tierra.

El viejo Tian y el corpulento Ling le salieron al encuentro.

—Unas luces raras —dijo Maloney a modo de saludo—. Por entre el cañaveral y en la zona que pertenece a los gordos que nos hacen la competencia.

—Fuego —dijo lacónicamente Tian.

—¿Eh?

—Fuego, capitán Pantera —repitió Ling en eco a la palabra de Tian.

—¡Condenado holandés! ¡Nunca esperé esa cochina trampa! ¿Conque prefirió prender fuego antes de que yo…? ¡Hey! ¡A cubrir los cuerpos!

Su orden obedecía a unos disparos que acababan de restallar cercanos.

Maloney asió la culata del inseparable fusil ametrallador que colgaba de su cuello, y dirigió el cañón hacia el lugar por donde entre ruido de cañas quebradas avanzaba una silueta, humeante aún en la diestra el revólver.

Mina Van Bloeng, desmelenada, en jirones su vestido, sin bolso, y roto un tacón, tiró al suelo su revólver, como si aligerándose de peso quisiera correr más.

Sofocada y jadeante se detuvo ante Maloney, que le había salido al encuentro.

El resplandor de la luna tenía ahora ciertas tonalidades sonrosadas que dimanaban del incendio, que iba acelerándose.

—¿Qué cáscaras significa todo eso? —inquirió Maloney ceñudo—. ¡Disparos, señales, fuego!… Una cochina trampa del viejo asesino. Bien sabe él que ahora ya no hay quien detenga las llamas… Pero, ¿por qué ha vuelto usted y a qué obedecen sus disparos?

Las rodillas de la holandesa se flexionaron y hubiese caído de no sostenerla Maloney, quien la enlazó por la cintura.

—Miedo… —musitó ella—. Es horrible… Horroroso…

—Lo que es infecto es el procedimiento comercial del viejo Julius. Quema «mis» cañas, en ruin y mezquina…

—¡Son salvajes! —gritó ella de pronto, desasiéndose del abrazo—. ¡Hombres semidesnudos, de largos cabellos negros y rostros de pesadilla!

—Por partes, hermana. ¿Qué cáscaras está hablando? ¿Qué salvajes son ésos? En esta isla no hay más salvajes que los holandeses…

—No visten más que un taparrabos de colores, y llevan entre los dientes un largo puñal brillante de hoja retorcida… Con las dos manos van aplicando antorchas de fuego a las cañas…

—Cálmese, Mina. Está entre amigos. Hable con coherencia, para que yo logre entenderla. Usted se despidió de mí y… ¿qué hizo?

—Me dirigí aprisa hacia el «bungalow», cuando de pronto oí voces extrañas. A una distancia de treinta metros vi unos rostros horrorosos. Hombres con la cara llena de pinturas rojas y amarillas, que eran los que iban agitando antorchas que… —y puerilmente añadió— manejaban como el sacristán de mi capilla cuando va encendiendo las velas. Aguardaban a que prendiese la llama en las hojas de las cañas, y entonces corrían a otro grupo de caña…

—Entonces, ¿este fuego lo están prendiendo los isleños?

—¡No! A los isleños los conozco. No tienen nada de común con estos horribles salvajes. Yo corrí hacia aquí. Pero creo que el ruido de mis propios pasos me hizo el efecto de que me perseguían y disparé al aire para que usted acudiera en mi auxilio.

Rascóse Maloney la sien.

—Bueno. Ya está aquí. No tema. Pero por lo que a mí se refiere estoy liquidado. Tanto me da que sean holandeses o que sean monos pintarrajeados los que han provocado el incendio. Lo cierto es que nadie puede apagar eso. Es como si tirasen ratones de celuloide en el infierno. ¡Maldita sea mi idea de venir a esta isla tan alabada! He perdido cinco mil dolares entre alambiques y maderos…

Mina Van Bloeng crispó sus manos alrededor de los faldones de la despechugada guerrera blanca de su interlocutor.

Intentó vanamente zarandearlo mientras exclamaba:

—Pero ¡dese cuenta! ¡Estarán matando a los blancos de la factoría de mi abuelo!

—Allá penas. Era el riesgo del oficio, hermana. Quíteme las patitas de encima. Está gastando energías después de la carrera.

Ella le miró como si le viera por vez primera. Le soltó.

—¿Es posible que hable con tanta indiferencia de la muerte de gente de su raza entre martirios?

—Esta tierra es de ellos. No hay que olvidarlo. Los que aquí vienen deben estar dispuestos a soportar lo que sea. Les tocó a ellos. Mejor. Eran quince, tenían armas de blanco… Todavía no sabemos cuál ha sido el resultado. Se habrán defendido, supongo. Lo cierto es que todos ellos me tienen sin cuidado. Yo he perdido cinco mil dolares de gastos preliminares, y no he llenado ni un vaso de ron…



¡Suélteme, quiero ir!…

—Pero… ¡Trude! ¡Ella!… La esposa de mi hermano… Por ella, le suplico que acuda en auxilio de mis compatriotas.

—Atienda, Mina. Por tierra está lejos, y el incendio forma una barrera imposible de atravesar.

—¡El velero!

—Entre la maniobra y el poco aire que sopla tardaríamos horas en dar la media vuelta a la isla.

—¡No puedo consentir que Trude muera! ¡Sería la muerte de Karl!

Y apenas hubo ella exclamado sus dos frases, inició corriendo un retorno al cañaveral…

Ross Maloney, en varias zancadas, la alcanzó, deteniéndola por el brazo.

—¡Suélteme! ¡Quiero ir!

—¿Adónde va usted a ir, hermana?

—Allá… Donde Trude…

—¡Venga a bordo!

—¡No quiero!… —y ella defendiendióse pegando puñetazos en el amplio pecho del pelirrojo, que con una de sus manos logró reunir la dos muñecas femeninas—. ¡Déjeme!

Sin una palabra, Ross Maloney la obligó a seguirle. Llegando a la empalizada donde todos sus hombres se apiñaban, les habló en chino:

—Entrad en las dos lanchas y aguardad en ellas. Coged las sogas más gruesas y largas. Tendréis que atarlas a la cola de mi «zapatilla», y si os sujetáis fuertemente a las cuerdas, mientras la otra mitad de los que vayan en la lancha se sujetan fuertemente con un brazo a vuestras cinturas y con la otra mano a las bordas, no volcaréis. Tengo prisa y no podré detenerme a recoger a los que caigan al agua.

Señaló con la mano libre a Mina Van Bloeng el velero.

—Perderé un minuto en llevarla junto a Karl. Aguarde allí.

La obligó a entrar en la canoa, poniendo en marcha el motor.

—¿Adónde va usted, Maloney?

—Ya se lo he dicho. A dejarla en sitio seguro a bordo.

El motor, con petardeo que aumentaba, abrió penachos de agua a ambos lados de la proa enfilada hacia el «Panther».

Ella volvió a sujetarse cerca del que conducía.

—¿Y después?

—Trataré de ver qué ocurre en la factoría del viejo.

—Lléveme con usted.

—No. Sería un engorro y nada más —vociferó él.

La canoa se detuvo al costado del velero.

—Quiero ir con usted —dijo tercamente ella.

—Oiga. Voy allá no por consideraciones humanitarias ni raciales, ni porque esté una mujer. Es porque me costó trabajo devolverle el soplo vital a Karl, y no quiero, si puedo evitarlo, que vuelva a morirse por quedarse viudo. ¡Venga! ¡Arriba!

La levantó en vilo y casi la arrojó en la plataforma de la escalera. Aplicando ambas manos en el costado del buque, separó la canoa y entonces, haciéndose portavoz con las palmas, gritó hacia lo alto, donde los tripulantes que componían el tercio de sus hombres se agolpaban inclinados sobre la borda:

—¡Esperad aquí! ¡Vigilad la costa!

La canoa describió un semiarco y como una flecha disparada por una gigantesca catapulta, se dirigió hacia la playa, donde ya los sesenta piratas estaban divididos en dos grupos, uno en cada lancha.

Quizá las explicaciones de Tian y Ling, que acaudillaban cada lancha, les habían ya convencido de lo que iba a suceder.

Habían anudado con sólidas trabazanes los cabos de varias sogas en la proa y popa de las lancha?. Y se aferraban a ellas con frenesí, mientras otros, obedeciendo a las instrucciones de Maloney, se sujetaban por una mano a la borda y con el otro brazo a las cinturas de los que mantenían las sogas flácidas.

Maniobró Maloney hasta presentar la popa de la canoa a las dos lanchas.

—¡Echad cabo por cabo!

A una distancia de cinco metros los chinos fueron lanzando espaciadamente una tras otra las sogas por el otro extremo libre.

Maloney fué enrollándolas en la cabria posterior, que como una saeta de hierro crecía en el fondo posterior de la potente canoa.

Cuando hubo concluido la labor por la cual quedaron unidas las dos lanchas a la popa de la «Chris-Craft», puso en movimiento la canoa, pero a pequeña velocidad.

Cuando quedaron tensadas las nueve cuerdas, distanciando las tres embarcaciones a una quincena de metros, gritó en chino:

—¡Separad las lanchas o de lo contrario os haréis revoltillo de picadillo de carne!

Y sin más, impulsó la palanca hasta el fondo…

Al sobresalto de salida de la canoa, las dos lanchas parecieron rebotar surgiendo del mar…

Con las sogas tensas formaron un ángulo en cuyo vértice la estela de espuma de la veloz canoa levantaba remolinos.

Al finalizar los dos lados del ángulo así formado, las dos lanchas soportaba un conglomerado de músculos tensos y espíritus asustados, en los que el instinto de conservación desarrollaba una fuerza sobrehumana.

Las dos lanchas, a toda velocidad, casi no tocaban con sus quillas la quieta superficie del mar, en el que la canoa rugiendo con el motor calado a fondo, levantaba grandes abanicos blancos…

***

La danza del sacrificio llegó a su paroxismo, cuando el incendio era ya dueño del cañaveral, y las llamas iban aproximándose a la factoría creando una iluminación cegadora.

De pronto cesó como por ensalmo el epiléptico agitar de los diacos, que obedeciendo a un clamor de Sing Rajah, quedáronse inmóviles, interrumpiendo sus escalofriantes gritos.

El incendio crepitante formaba un fondo de disparos y petardeos.

Sing Rajah elevó uno de sus poderosos brazos con el «kriss». Limitóse a gritar una orden.

Alrededor de los postes, menos en el ocupado por Julius Van Bloeng, agolpáronse los diacos.

Blandiendo los «kriss» acribillaron a cortes los cuerpos de los holandeses.

Poco después quedaban en los postes once cuerpos decapitados y de once

taparrabos de diacos colgaban once cabezas recién cercenabas…

Aproximóse entonces Sing Rajah al poste en cuyo pie, Trude, abatida y dilatados los ojos, había recuperado el sentido pero incapaz del menor movimiento, tenía en todos sus miembros una infinita lasitud como la que durmiendo se encuentra bajo el influjo de las más atroces pesadillas.

Y también pareció pesadilla el correcto inglés con que Sing Rajah habló, acercando su rostro al de Julius Van Bloeng:

—Tuve una prisionera inglesa tres años en mi poder. Cuando me enseñó su lengua, esta lengua con la que te hablo, blanco, entonces ya no me servía, y su cabeza adornó mi cinto por espacio de un mes. ¡Ranee!

A la voz del malayo acudió el reyezuelo de la isla. Prosternóse arrodillado delante de Sing Rajah.

—Acusa al blanco, Ranee.

—Tuve que esconderme, y mis hombres, mis mujeres y todos trabajaron para él. Mató a uno de mis hombres…

El «kriss» de Sing Rajah bajó velozmente… Trude sólo demostró que vivía, en su posición acurrucada, porque sus labios temblaron.

La cabeza de Ranee rodó por los suelos. Sing Rajah, a la vez que elevaba su «kriss» ensangrentado, empujó con el pie la cabeza cortada hasta hacerla rodar delante de Julius Van Bloeng.

—Por cobarde merecía la muerte que me he dignado darle —dijo majestuosamente Sing Rajah—. No supo defender su isla contra unos pocos blancos. Y él ha perecido, así como perecerán sus hombres y mujeres, por haber sudado esfuerzos a tus órdenes, blanco.

Las llamas iban aproximándose a los tres caserones donde los isleños encerrados gritaban enloquecidos pidiendo les liberaran…

Aguardó unos instantes Sing Rajah hasta que vió cómo las primeras llamas lamían los paredones de las chozas, aumentando los gritos ensordecedores de súplica de los isleños.

—Tú, blanco, vas a morir. Tu cabeza adornará mi cinto, y tu esqueleto calcinado proclamará que yo he vengado a mis hermanos de raza.

Julius Van Bloeng despavorido vió cómo la hoja del «kriss» iba subiendo lentamente. No tuvo tiempo de gritar.

Su sangre salpicó a Trude que definitivamente vencida, perdió el sentido.

Sing Rajah inclinóse y recogiendo la cabeza de Julius Van Bloeng la anudó por los blancos cabellos al cinto de su taparrabos.

—¡A los «prahus»! —gritó.

Los diacos corrieron hacia el embarcadero. Era ya hora de abandonar el lugar, en el que las llamas iban devorando las tres chozas con su contenido humano, y prendían en el «bungalow».

Con una última mirada a los postes de los decapitados, Sing Rajah inclinóse de nuevo y con un solo brazo levantó a la desvanecida holandesa.

Manteniéndola abrazada contra el costado, empezó a andar hacia los dos «prahus», donde ya sus hombres iban entrando.

Pareció repentinamente que el incendio vociferaba estruendosamente en petardeos clamando por nuevas víctimas, o en agónico estertor…

Pero un clamor unánime en el que se mezclaban los gritos guerreros de los piratas chinos y las rabiosas exclamaciones de los diacos acogió la llegada de la canoa arrastrando a toda velocidad las dos lanchas.

En medio del más ensordecedor ruido, el que dirigía la canoa detuvo en seco el embiste de la veloz embarcación y uno de sus brazos pareció vomitar fuego.

El fusil ametrallador iba barriendo el interior de uno de los «prahus».

Las dos lanchas, a fuerza de remos y aprovechando el último impulso que les había proporcionado la canoa, abalanzáronse contra las dos embarcaciones malayas, Tian y Ling cercenaban las sogas que unían sus lanchas a la canoa.

Los «kriss» y los yataganes entraron en contacto.

Sing Rajah dejó caer al suelo su presa, saltando al interior de un «prahu». Pero cuando sus pies tocaban el interior, una mano le asió por los largos y ensortijados cabellos.

Asestó un golpe cortante hacia el brazo agresor, pero recibió en la mandíbula un choque que le hizo errar el golpe.

Ross Maloney, en pie en el embarcadero, logró, en hercúleo esfuerzo, aupar al coloso malayo.

La canoa, parado el motor, flotaba junto al embarcadero.

Mientras, diacos y piratas iban combatiendo, pero la superioridad que las ráfagas del fusil ametrallador de Maloney habían causado sembrando la muerte en los dos «prahus» resolvía favorablemente la lucha, en la que los chinos convertíanse en cercenadores de cabezas.

Sing Rajah levantó de nuevo su «kriss» abalanzándose hacia el que inesperadamente y con tanta eficacia acababa de surgir.

El fusil ametrallador de Maloney yacía en el fondo de la canoa. Maloney echóse hacia atrás como si rehuyera el combate con el coloso malayo, y Sing Rajah precipitóse hacia adelante abatiendo su arma.

Pero el marino americano, al caer sobre sus espaldas, detuvo la acometida levantando ambos pies, que trabaron contacto con el estómago del que ferozmente se disponía a hundir su «kriss» en el cuello enemigo.

Una de las manos de Maloney atrajo la muñeca armada del malayo, y sirviéndose de sus espaldas como báscula y de sus pies como propulsor, dió sobre sí mismo una vuelta.

La cabeza de Sing Rajah chocó contra la madera, y la fuerza del golpe le hizo soltar el arma, que cayó al agua.

Incorporóse rápida y rabiosamente el hercúleo Sing Rajah, agachando la cabeza para morder el antebrazo que le sujetaba por la muñeca.

Ross Maloney levantó la mandíbula abierta con un potente izquierdazo, que echó hacia atrás al aturdido malayo.

Con la guardia abierta, Ross Maloney aguardó el nuevo ataque.

Inesperadamente, Sing Rajah empezó a saltar en ágiles contorsiones de

un lado a otro, con gritos y muecas primitivas de simio furioso.

Esperando el ataque del titán, Maloney describía también rápidos giros sobre la punta de sus zapatillas, alargando la envergadura.

Elevóse en el agua el canto de los chinos celebrando su victoria sobre, el enemigo.

De pronto, Sing Rajah saltó, desapareciendo. Con un grito alarmado, Ross Maloney corrió y también saltó hacia la canoa automóvil, que era el lugar que Sing Rajan había elegido para aterrizaje.

Estaba ya el malayo forcejeando con las palancas y los mandos, cuando las zapatillas de Maloney trabaron contacto con la popa de la canoa.

Tuvo que abalanzarse hacia adelante para evitar el desequilibrio que le produjo la brusca salida de la embarcación, al certero aunque casual impulso de Sing Rajah.

Cayó Maloney tendido cuan largo era en el fondo de la embarcación. Sus dos manos asieron los desnudos tobillos del malayo.

Algo rebotó sobre sus espaldas: la cabeza de Julius Van Bloeng, que acababa de desprenderse del taparrabos de Sing Rajah.

El traqueteo de la canoa impidió a Sing Rajah conservarse en pie. Vacilo y de pronto pareció crecer.

Ross Maloney acababa de introducir su cuello en la entrepierna del malayo y, poniéndose dificultosamente en pie, imitó el gesto del que descarga un fardo.

Sing Rajah, proyectado violentamente hacia adelante, zambullóse en el agua, mientras Maloney corría hacia el volante para enderezar la dirección de la «Chris-Craft», que corría sin rumbo.

Detuvo el motor, y el calor asfixiante del próximo incendio iluminó el último combate de Sing Rajah.

El «tiburón malayo» nadaba vigorosamente, pataleando y manoteando con estruendo para ahuyentar dos surcos que le rodeaban.

A flor de agua las aletas de dos tiburones, olfateando próximo festín, habíanse separado del resto de la manada que devoraba los diacos derrotados.

Sing Rajah abrazóse a uno de los resbaladizos cuerpos negros, en abrazo desesperado. Pero otro de los cuerpos negros convirtióse en blanco al dar el tiburón media vuelta en la superficie, presentando el vientre y la gran mandíbula doble de sierras agudas.

Ross Maloney, frenéticamente, inclinóse y, agarrando su fusil ametrallador, disparó contra el tiburón que se disponía a atacar.

Una mancha de sangre cubrió la negrura, ya rojiza por el resplandor del incendio.

Pero Sing Rajah había perdido el último combate. El tiburón al cual se abrazaba acababa de morder.

Y la cabeza del último pirata descendiente del príncipe Raga quedó entre las fauces del tiburón. Asqueado, Ross Maloney volvió las espaldas. Sus pies tropezaron con el cráneo de Julius Van Bloeng.

El americano, con voz ronca, murmuró:

—Tú tienes la culpa, Julius Van Bloeng. Tú eras el verdadero «tiburón malayo». Ellos, al fin y al cabo, eran seres crueles por instinto nativo primero y después defensivo. ¡Tú eras el verdadero «tiburón malayo»!

Sintiendo nauseas, asió por los cabellos el cráneo del holandés, que arrojó al agua, donde fué a caer cerca de los círculos concéntricos formados por los dos tiburones que se disputaban los restos del que había sido Sing Rajah.

Atraído por el ruido, uno de los tiburones avanzó y, dando media vuelta sobre sí mismo, abrió la inmensa boca, deglutiendo el cráneo de Julius Van Bloeng.

Ross Maloney puso en marcha la canoa hacia el cercano embarcadero. Fué recibido por la melopea que entonaban los piratas, que con sus gargantas procuraban acallar el ruido del incendio que iba arrastrándose débilmente hacia el embarcadero.

Tian sostenía entre sus brazos el cuerpo exánime de Trude.

Ling, el piloto, levantó uno de sus brazos cuando Maloney, con gestos iracundas, acalló las alabanzas al «huracán blanco», al «invencible dios del fuego y el mar»…

—¡Habla! —le gritó a Ling.

—Todos queremos hacerte una gran súplica, capitán Pantera. Una gran súplica…

—¡Desembucha ya!

—No nos ates a tu barco que echa fuego y corta el agua.

—Tuvimos miedo, mucho miedo —dijo Tian puerilmente.

Ross Maloney frunció el ceño y de pronto estalló en una risa nerviosa que fué aumentando hasta convertirse en carcajada.

Los ocupantes de las dos lanchas arrugaron primero el rostro y por fin estalló un coro de carcajadas que convertía los patibularios rostros en muecas infantiles.

Cesó de reír Maloney, murmurando:

—Esa es Asia. Sangre y crueldad… tiburones entre sí… y después, niños supersticiosos. ¡A callar, condenado me vea! —gritó de pronto, exasperado por las sinceras risotadas de sus hombres.

Todos, iluminados por el incendio que iba ya crepitando en el embarcadero, procuraron dominar su hilaridad.

—Volveréis al velero a fuerza de remos, turba, de miedosos. ¿Alguien quiere venir conmigo? ¿Tú, temible Tian?

El viejo pirata, entre cuyos brazos pendía desmadejada e inerte la holandesa, denegó con la cabeza. Habló decidido:

—Si es para combatir, o si me lo ordenas, capitán Pantera, contigo entraré en esta barca ruidosa.

—El combate acabó, abuelo. «Mis» cañas son ya polvo quemante, de donde el azúcar se ha ido. Todo es fuego… y tenemos que abandonar Pettigrew, en busca de otro lugar menos caluroso. ¡Trae acá!

Desde la borda de la lancha, tendió Tian el cuerpo de Trude, que Maloney cogió, tendiéndolo en el fondo de la canoa.

—¡A los remos, montón de macacos! Y no tardéis en llegar al velero, o de lo contrario levaré anclas sin vosotros.

Furiosamente los yataganes cortaron cuerdas para deslastrar las lanchas del peso de los restos de cuerdas. Los remos a una entraron en el agua y, tensos todos los músculos, los piratas fueron alejándose del embarcadero en llamas, bogando con inusitado vigor.

Ross Maloney puso en marcha el motor, y la saeta mecánica salió disparada a toda velocidad.

Habíase cerciorado de que la mujer que yacía en el fondo de la canoa seguía con vida.

Quince minutos después abordaba la escalera pendiente del costado del velero, y cuando hubo engarfiado a la canoa los cables que pidió y le fueron lanzados desde la cubierta, subió la escalera, llevando en brazos a Trude.

Mina Van Bloeng abrazó a su cuñada.

—Me basta con el peso de ella, hermana —rezongó Maloney—. Menos aspavientos. Está bien… Algo asustada y con razón. Vió demasiados tiburones en una sola noche.

Nerviosamente, cerca ya de la entrada del camarote, Mina enlazó entre sus brazos a Gertrude, saludada por un grito del herido.

—¡Trude!

—Todo va bien, Karl —sonrió Maloney—. No te quedas viudo… y además eres heredero del «tiburón malayo». *Abur*.

Alejóse a largas zancadas del camarote, para no presenciar «enternecimientos», y al chino que se le aproximó le advirtió:

—Voy a dormir, porque estoy reventado. Al amanecer, dispuestos todos a levar anclas. Despertadme entonces. No estoy para nadie. *Abur*

EPÍLOGO

Amanecía. Ross Maloney, acodado a la borda, recién levantado, examinaba con cierta melancolía la isla, convertida en humeante brasero de cenizas.

Al fin volvió las espaldas, rezongando:

—¿Conque azúcar, eh? Para que me indiquen ahora una isla donde haya miel… ¡Hola!

Su saludo, interrumpiendo la vigorosa frase que se disponía a lanzar, iba dirigido a Mina Van Bloeng, que, ante él, le miraba sonriente.

—¡Hola, Ross! Es usted maravilloso. Es usted…

—Me lo Contará mañana, hermana. ¿Está ya en forma Trude?

—Arrullándose con Karl… Ésa es la vida: ayer tragedia, hoy alegría.

—Filosofía barata, Mina. Lo cierto es que yo era…

—Un licorero… y es un héroe.

—Preferiría tener azúcar. En fin, lo que aquí he perdido lo recuperaré en otro lugar. Así son los negocios.

—¡Yanqui! —dijo ella suavemente—. Siempre la palabra «negocios» en los labios. Se ha olvidado ya que salvó la vida de Karl, que rescató a…

—Hablemos de otra cosa, porque eso no son negocios. En todo caso, son malos negocios.

Pero lo que había de inconscientemente cruel en sus frases no ofendió a la holandesa. Era imposible ofenderse ante la naturalidad con que hablaba el americano.

—¿Y ahora, *mister* Maloney?

—Yo la llamo Mina, hermana. Pues ahora… zarpo. Ya no hay nada que hacer en esta isla., por culpa de unos condenados holandeses entrometidos y avariciosos.

—¿Rumbo a…?

—Me da lo mismo. Por ahora no he pensado lo que voy a hacer. Es pronto para regresar a Shangai.

—¿Rumbo a Batavia?

—¿Para qué y por qué?

—Necesitaremos un testigo de lo que le ha ocurrido al jefe de la compañía «Van Bloeng».

—Es verdad. Por la herencia y demás, ¿no? Bueno. Pues rumbo a Batavia… ¡Hey! ¡Un momento! Eso de Batavia, ¿dónde se encuentra? ¿Al volver la esquina o en el quinto infierno?

—Pero… pero, ¿usted no es capitán mercante?

—¡Ling! —gritó Maloney.

Y al acercarse, corriendo, su lugarteniente piloto, preguntó Maloney en chino:

—¿Conoces algo llamado Batavia?

—Es isla holandesa, capitán Pantera.

—¿Cerca?

—Al sur. Cinco días de mar, capitán Pantera.

—Bueno. Pues… hacia allá, Ling. Me da igual Batavia que Bolivia. Así por el camino pensaré en qué vamos a emplear nuestras fuerzas.

La voz de Mina murmuró, vacilante:

—Por las molestias, *mister* Maloney, mi hermano me ha indicado que le haga una oferta.

Ross Maloney enrojeció, y casi entre dientes espetó:

—¿Cuál?

—No se ofusque, Ross. Tenga presente que nuestro negocio es amplio y desconocemos todo lo que a él se refiere. Deberíamos confiar en desconocidos. ¿Por qué no acepta el cargo de jefe de las flotillas de la compañía «Van Bloeng»? Podríamos discutir eso por el camino, y usted fijaría sus condiciones.

Rascóse Maloney la sien, echándose hacia atrás la gorra.

—¡Hombre! La idea en principio no está mal. Ya hablaremos de eso. Dele gracias en mi nombre a Karl por su confianza en mí. Y ahora, lárguese, hermana. Mis hombres se sentirían ofendidos si no presenciara la maniobra de levar anclas. Hasta luego. Vendré a hablar con los tórtolos… y con usted, naturalmente.

Iba ella a marcharse, pero regresó sobre sus pasos.

—Gracias, Ross.

—¡Ya está bien de tanto floreo!

—No sabe por qué le doy las gracias. Es porque… esta noche, mientras usted dormía, hemos hablado mucho… y si un hombre como usted elogia a una mujer, ésta debe sentirse orgullosa.

Ross Maloney enrojeció, con lo que su bronceada piel convirtióse en bronce sonrosado.

Y a regañadientes murmuró:

—Lo dicho, dicho está. Es usted un rato guapa.

Marchóse a grandes pasos, y poco después el velero poníase en movimiento.

La tripulación rió a grandes carcajadas cuando Maloney, sentado en el reborde del castillete de proa y balanceando sus largas piernas, gritó en chino:

—¡Xopinga! ¿No querías fuegos de artificio para mí y en mi honor?

El hercúleo chino del norte asintió con graves cabezadas, y levantó el brazo, cuando cesaron las carcajadas, pidiendo permiso para hablar.

—¿Vas a decirme que no eran de esta clase los que tú pensabas?

—Digo, capitán Pantera, que tú no necesitas fuegos de artificio, porque el mar de China y el cielo entero mezclan sus azules en tu honor.

Fué ahora Maloney el que rió, y viendo las velas hincharse al impulso del viento, no miró ya hacia la isla de Pettigrew.

Miró hacia el mar, donde la proa del «Panther» abría su surco. Y sonriendo pensó en voz alta:

—Cien por cien negociable el dicho que afirma que no hay mal que por bien no venga.

Mientras hablaba, sin querer miró hacia el camarote que contenía a los hermanos Van Bloeng y su cuñada.

No pensaba en Mina Van Bloeng. Pensaba en las posibilidades comerciales que la compañía «Van Bloeng» ofrecía para «un honesto mercader».

LAS SIETE PERLAS

La turbia mezcolanza de razas que pulula por Batavia forma una tupida red de misteriosas andanzas.

Contrabando de drogas, ladrones internacionales, espionaje. Esos son los

tres nuevos decorados en los que **ROSS MALONEY** deambula, imponiendo por fin la contundencia de su explosivo lenguaje vulgar en colaboración con su brutal acometividad.

Un robo misterioso, y la más misteriosa asociación de aventureros internacionales, que ponen al **CAPITÁN PANTERA** en el trance más azaroso de su corta existencia, hacen de **LAS SIETE PERLAS** un ambiente sin igual en el que el exótico marco encuadra con su sinuoso y enervante aroma la recia figura en contraste del jovial y dinámico **ROSS MALONEY**.

Publicaciones LUX - Palma San Justo, 14 - BARCELONA